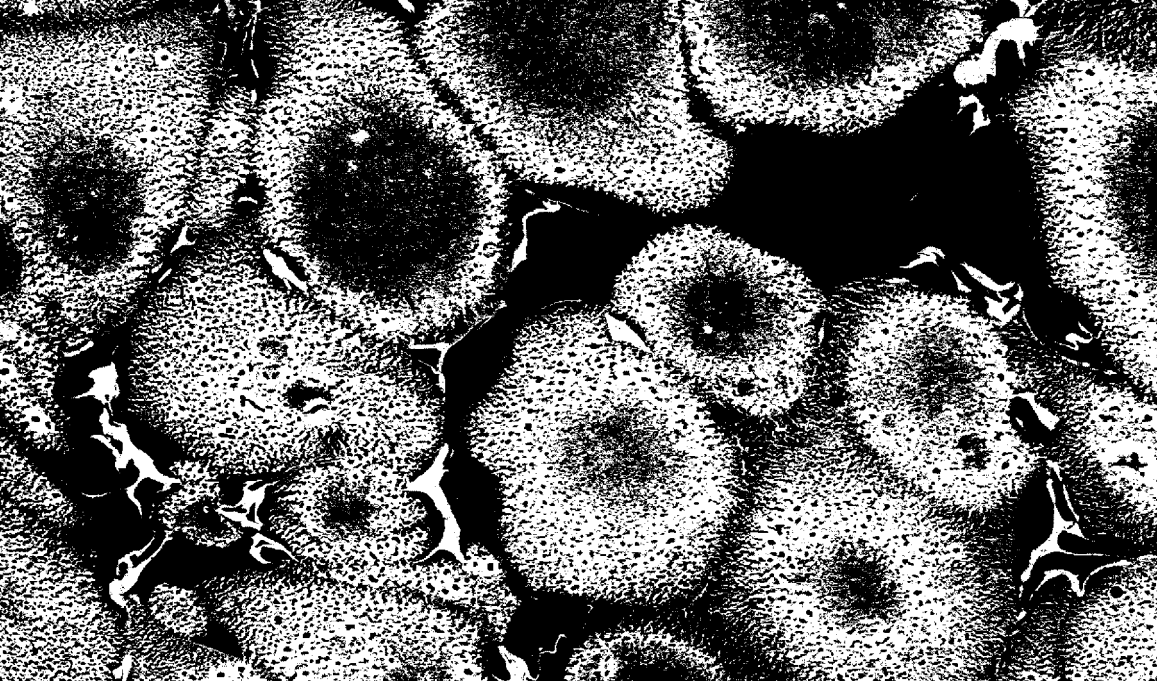

INT
XIX
38

UN RETRATO.

17 CMS R-43-559

UN RETRATO.

NOVELA ORIGINAL

POR

Don F. G. de A.

BIBLIOTECA PUBLICA DE CADIZ

CADIZ: 1842.
Imprenta de la REVISTA MEDICA, plaza de la Constitucion, núm. 11.

UN RETRATO.

CAPITULO I.

EL PASEO NOCTURNO.

ERA una noche del mes de Agosto de 1832. El relox habia señalado la hora de las doce: las calles de Cádiz se hallaban ya casi desiertas, y la descompasada voz de los serenos era lo único que turbaba de vez en cuando el religioso silencio de la noche. Un jóven como de veinte á veinte y dos años, de hermosa figura y bastante bien portado, veiase en la calle de..... paseando entre dos esquinas y en ademan pensativo y cabizbajo como quien medita algun asunto impor-

tante ó consulta consigo mismo la causa de sus desventuras. Unas veces se paraba para dar sin duda mayor ensanche á sus reflexiones, y otras dirigia sus pasos con reposada dignidad hácia uno de los dos estremos de la calle, deteniéndose siempre en los límites que formaban ambas esquinas, que no parecia sino que eran otras tantas murallas para el distraido mancebo, segun les volvia la espalda maquinalmente cuando á ellas llegaba, para no abandonar aquel corto espacio de terreno en que por lo visto estaba compreendido el objeto de sus meditaciones. Cualquiera creeria reconocer en el consabido jóven á un amante afortunado que esperaba el instante en que algun balcon ó ventana se abriese para proporcionarle la entrevista deseada con la bella de sus pensamientos, ó bien se figuraria ver en él á un filosofo-poeta que, herido en su inspiracion por la pálida luz de la luna, por el hermoso paisage de las estrellas, ó por el lejano murmullo de las olas del mar, batallaba con su propia mente para adornar alguna de sus composiciones con las elevadas ideas que le sugiriera el magnífico espectáculo de la naturaleza.

El amor y la poesia forman con la soledad un perfecto maridage. Alli donde el hombre no encuentra quien interrumpa sus cavilaciones, donde la tierra que pisa es su única compañera y los astros que á su vista se ofrecen el principal encanto de su alma: allí donde se detiene hasta cierto punto la accion de los sentidos para dar lugar á las hermosas sensaciones del corazon; allí es precisamente donde el amante, solazándose con

los gratos recuerdos de su cariño, procura traer á la memoria una sonrisa, una palabra, una mirada del objeto de su amor, y crea con estos débiles materiales esos bellísimos castillos de aire, esos deliciosos sueños de felicidad que embargan por momentos su razon y le transportan á una region desconocida. Allí es tambien donde la musa del poeta encuentra á cada paso los estímulos mas poderosos, donde halla el manantial en que bebe por lo general sus mejores inspiraciones, donde adquiere su imaginacion ese conjunto de ideas sublimes, ese caudal de brillantes conceptos que ha dado celebridad en la república de las letras á las *Orientales* de Victor-Hugo y á los *Mártires* de Chateaubriand.

Pero no nos olvidemos de nuestro jóven que embebido cada vez mas en sus reflexiones hacia ya media hora que no abandonaba su solitario paseo. Trazas llevaba este de no concluir en el resto de la noche, y no era en cierto modo de estrañar porque todos conocen cuan gratas son en el mes de Agosto estas escursiones nocturnas á que convida generalmente el ardoroso clima del Medio-dia.

—¿Qué es eso don Eduardo? ¿Os habeis perdido por ventura? preguntó al desconocido jóven un hombre que pasaba por aquel sitio y que casi tropezó con él (tal era su distraccion) al volver una de las dos esquinas que marcaban el término de su paseo.

—Oh!..... No señor..... fué la única contestacion conque, entre sorprendido y raceloso, satisfizo por lo pronto el interpelado á su aparecido interpelante.

—Nada tendria de estraño: me ha dicho V. esta noche en el teatro que acababa de llegar de Lóndres y que era esta la primera vez que ponia los pies en Cádiz. Lo mas fácil seria que hubiese V. olvidado las señas de su casa, y si asi fuese yo tendria mucho gusto en acompañarle á ella.

—Mil gracias don Rafael: agradezco particularmente su oferta, repuso Eduardo vuelto ya en si de la pequeña turbacion que le habia ocasionado este encuentro, pero no necesita V. molestarse. Estoy parando en una casa de huespedes no lejos do aqui y he procurado retener bien las señas para no estraviarme, ademas de que no es fácil perderse en Cádiz donde son tan cortas las distancias: de todos modos repito á V. mi agradecimiento por su fina atencion.

—Dejémonos de cumplimientos amigo mio: mi carácter es franco como puede V. haber advertido: me gusta la marcialidad en el trato con mis amigos, y yo lo soy de V. apesar de que hace pocas horas que nos conocemos. He creido descubrir en su conversacion ideas y sentimientos que simpatizan mucho con mis opiniones, y esto es ya suficiente para que yo profese á V. un sincero afecto. La amistad tiene muchos puntos de semejanza con el amor: á veces basta una ligera entrevista para crear estos dulces sentimientos.

Eduardo murmuró nuevas palabras de reconocimiento que su interlocutor no le dejó acabar de pronunciar.

—Pero hablemos claro, continuó el último, lo veo á V. pensativo y dominado por alguna idea que le preocupa vivamente. ¿No puedo yo saber la causa?

—V. se equivoca Rafael: mi carácter es naturalmente triste. Aunque soy español de nacimiento he llegado á acostumbrarme á los hábitos ingleses: no ignora V. que el *Spleen* es una moda en aquel pais.

—Asi es en efecto; pero ¿puedo yo creer que V. en la flor de su juventud haya adoptado esa moda como un hábito permanente? Esto no es posible: ademas de que esta misma noche cuando nos vimos en el teatro estaba V. jovial y contento: despues ha ido operándose la transformacion, que noto en V. ¿Cual puede ser el motivo?

=Ninguno, replicó Eduardo.

—¿Y si yo lo adivino? ¿Y si he penetrado en su corazon?

=Es V. muy malicioso Rafael.

—Es V. muy reservado, Eduardo. ¿Piensa V. por ventura que no he parado la atencion en las miradas que ha dirigido en el teatro hacia el palco de la derecha que estaba en frente de nuestras lunetas? ¿Piensa V. que no observé la prontitud con que apenas se acabó la funcion marchó V. á esperar la salida de cierta señorita que en aquel palco se hallaba? ¿Piensa V. que no lo vi encaminarse detras del coche que despues la condujo á su casa? ¿Piensa V. por último que yo no sé tan bien ó mejor que V. que esa casa de enfrente es precisamente la que sirve de morada á la encantadora Sofia?

=Sofia se llama! interrumpió vivamente Eduardo, mordiéndose en seguida los labios como quien siente haber descubierto un secreto que le conviene guardar.

—¡Ola mi amigo! replicó al momento Rafael: parece que no me equivocaba en mis presunciones. ¡Me habeis hecho esa pregunta con tanto entusíasmo!

—No por cierto: ha sido con bastante sencillez; pero...

—No hay pero que valga: cuando acaba de hablar el corazon, sería inútil todo lo demas que en opuesto sentido me digese V. ahora. ¡Ay amigo! Soy ya perro viejo para que ustedes los jóvenes puedan colarme gato por liebre. De algo me han de servir mis cuarenta y cinco años. En resúmen: V. ama á Sofía ¿no es verdad?

—Hombre! Eso es adelantar demasiado las ideas. Sofía es bellísima, es encantadora como V. con justa razon la ha llamado; pero yo la he visto por primera vez esta noche, y la he visto desde léjos, sin haber oido siquiera el metal de su voz. ¿Es esto bastante para concebir un cariño verdadero? V. confunde el amor con esta especie de curiosidad que me ha traido al sitio donde nos hallamos. No le negaré, ya que es preciso decirlo que Sofía me ha interesado; pero este interes, amigo mio, es igual; ni mas ni menos, al que ahora mismo pudiera inspirarme cualquier otra muger hermosa que encontrase al paso: es un interés del momento, un interés que generalmente merece el bello sexo; una idea en fin, que no pasa de los sentidos y que está muy léjos de llegar al corazon.

—Y creerá V. que me ha convencido con todas esas disculpas! Venga V. acá hombre de Dios. Yo conozco muy bien que hay en nosotros (en ustedes los jóvenes debiera decir) una predisposi-

cion natural á gustar del sexo hermoso: conozco que esta inclinacion no tiene nada de comun con el amor, y que seria injusto confundir una idea tan superficial con un sentimiente tan profundo; pero ¿sabe V. en que se distingue el que vulgarmente se llama enamorado del que real y efectivamente alimenta en su pecho una pasion? Pues yo se lo diré en pocas palabras. El hombre que gusta ligeramente de una muger, hace gala de contárselo á todos sus amigos «¡que hermosa es Fulana! ¡que bonito pie! ¡como me gusta su garganta!» Tales son algunas de las muchas palabras que usa frecuentemente cualquier elegante del dia para significar á sus amigos y conocidos ese interés pasagero que le inspira la vecina de enfrente que estaba en el balcon, y la señorita tal que vió en el paseo, y Fulanita que cantó en una tertulia; y todas las demas que encuentra al paso como tengan el indispensable requisito de ser bien parecidas. he aqui lo que sucede en el caso en que V. quiere colocarse; pero cuando el hombre ama verdaderamente, cuando no es una ilusion fugaz la que le preocupa, entonces siente mucho y habla poco, entonces su caracter es taciturno y reservado; entonces busca en la soledad un consuelo á los padecimientos de su alma; entonces se anuda la lengua para aquellos elogios superficiales y se abre el corazon para esos dulces sentimientos que solo el amor es capaz de producir. Ahora bien consulte V. consigo mismo en cual de los dos casos se halla: ponga la mano sobre su pecho y diga si me equivoco.

Eduardo no contestó; la alteracion de su sem-

blante revelaba bien claramente lo que su lengua callaba.

—Y dígame V señor mio, continuó Rafael, ¿no pudiera yo quejarme ahora con razon de su reserva? ¿Por qué motivo cuando estábamos en el teatro no quiso ni aun llamarme la atencion siquiera sobre la bella Sofia? ¿Temia V. acaso que pudieran cautivarme sus encantos? ¡Inocente! ¡Qué lejos estaba V. de saber que yo conozco y amo á Sofia mucho tiempo antes que V.

—¡V. la ama!

—Si señor, la amo. ¿Qué tenemos con eso?

—¡Y me lo dice V. con ese desembarazo!

—¿Es hombre ¿Es algun delito?

—No señor... No es delito que V. la ame; pero es delito que yo lo sepa... Concluyamos de una vez, Rafael, V. ha querido burlarse de mi, y yo no puedo consentirlo...

—Tranquilícese V. hombre: estos jóvenes son tan atolondrados! Apostaria cualquiera cosa á que ya iva V. á proponerme algun par de pistolas para vengar sus figurados agravios, como si yo fuera hombre á propósito para desafios, ó como si mereciese tal recompensa el interes que me tomo por V.

—Por Dios Rafael: no añada V. á la ofensa el escarnio.

—Cachaza, Eduardo, cachaza: vamos por partes: Yo he dicho que amo á Sofia, y esto es la pura verdad; pero la amo..., respire V. de una vez, la amo como se puede amar á una hermana, ó mas bien, como se puede amar á una hija: la quiero con el sincero interés de la mas pura amistad. ¿Qué me dice V. ahora?

—Diré á V. que tiene unas cosas!.....

—Tengo, amigo mio, lo que debe tener un hombre de cuarenta y cinco años: una poca de malicia para descubrir lo que me conviene saber. Hace cuatro ú cinco horas que nos conocimos en el teatro: adverti desde luego el interes con que dirigia V. á Sofia, que estaba en el palco con don Braulio su padre, ardientes miradas de amor: yo quise penetrar en el corazon de V. y profundizar sus sentimientos: dejé que siguiese libremente sus naturales impulsos; lo vi seguir á Sofia, pararse en este sitio, rondar su casa por espacio de media hora: despues me he decidido á hablar á V.: me lo ha negado todo al principio, y yo con mi táctica particular he conseguido que todo me lo confiese. Ahora no sirven ya las disculpas ni el disimulo: un hombre que por poco quiere batirse conmigo es preciso que esté furiosamente enamorado.

—Pues todavia se equivoca V. en mucha parte de sus cálculos. Llámese amor ó ilusion este interes que Sofia me inspira, estoy firmemente persuadido que ha de disiparse como el humo, luego que la reflexion obre en mi sus naturales efectos. Mi permanencia en Cádiz debe ser de pocos dias: su amiga de V. es demasiado bella y debe ser bastante circunspecta para que fuera á admitir los obsequios de un desconocido, de un forastero que pronto abandonará este pais para no volver quizas á pisarlo jamás. Por otra parte mi situacion particular me prohibe pasar el tiempo en pláticas amorosas que ninguna ventaja pueden traerme: no lo dude V. Rafael: haré un esfuerzo y sabré triunfar de mi mismo. Nunca es el hombre mas gran-

de que cuando consigue vencer una pasion.

—Bien..... veremos..... No crea V. que he de ser yo quien trate de disuadirlo de esas ideas: son las que debe alimentar un hombre de bien cuando ve que no puede hacer feliz á la muger que ama, y para que vea V. si estamos conformes, voy á darle un consejo parecido al que V. á si propio se dá..... si quiere efectivamente conservar la tranquilidad de su alma, no se empeñe en conquistar el corazon de Sofia, porque Sofia no puede amar á V.

—Es posible!, interrumpió sobresaltado Eduardo. ¿Y cual es el motivo?... ¡Oh! ¡Que cruel está V. esta noche.

—¡Cruel me llama V. porque simpatizo con sus ideas, porque digo lo mismo que V. acaba de manifestar! ¡Ay Eduardo! ¡Como se conoce que se hace V. traicion á si propio cuando quiere disimular los estremos de su amor!

—Pero, digame V. por Dios, ¿Sofia tiene otro amante?

—Ya eso es querer saber demasiado. Contestaré á V. si puedo, mas adelante, cuando nuestra amistad tenga raices. Ahora no somos mas que amigos de lunetas, amigos de cuatro ú cinco horas. Deje V. pasar el tiempo que probablemente ya llegará el dia en que todo lo sepa.

Eduardo pidió y rogó á su amigo que le descubriese el secreto á que acababa de aludir; pero sus súplicas fueron infructuosas. Rafael se negó resueltamente á complacerlo.

—Vayase V., le dijo, á descansar, y no se olvide de las palabras que acabo de escucharle: *Mi*

situacion particular me prohibe pasar el tiempo en pláticas amorosas que ninguna ventaja pueden traerme. Mañana á la una de la tarde me tendrá V. en su casa: entonces hablaremos.

Eduardo se sonrió tristemente: recomendó á Rafael que no olvidase su prometida visita: apretó la mano de su amigo y marchó á recogerse embebido en las reflexiones que vanamente habia querido desechar de su imaginacion.

CAPITULO II.

LOS DOS AMIGOS.

EL corazon del hombre es un arcano incomprensible. Hay ocasiones en que nosotros mismos no sabemos darnos razon de lo que sentimos ni de lo que deseamos. La situacion en que hemos considerado á Eduardo es una prueba de esta verdad. El acababa de llegar de un pais estrangero: hallábase en Cádiz por la primera vez de su vida y al entrar en el teatro aquella noche que tan fecunda habia de ser para él en sucesos estraordinarios, bien se deja conocer que su intencion estaba reducida á distraer el ánimo inocentemente con un espectáculo de útil entretenimiento.

La suerte sin embargo, lo habia querido de otra manera y en vez de distraccion para su espíritu no halló sino tormentos para su alma. Sofia se ofreció á sus ojos con todo el atractivo de sus gracias, con todo el encanto de las virtudes que se reflejaban en su semblante. Verla y amarla fué obra de un momento. Eduardo conoció que no podia apartar su vista de ella y maquinalmente se estasiaba admirando sus perfecciones. Aquellos hermosos ojos árabes que despedian rayos de fuego: aquellos dientes de perlas que brillaban tras de unos labios de coral: aquel cabello negro como el ébano que caia naturalmente en hermosos y bien formados rizos sobre dos hombros capaces de enardecer á la misma insensibilidad: aquellas facciones delicadas, aquella palidez interesante, aquella magestad sublime que á un mismo tiempo simbolizaba la inocencia y la virtud, todo se reunia en Sofia para hacerla mas encantadora, todo se presentaba en tropel á la imaginacion de Eduardo para exaltar con mas fuerza sus sentimientos. Y sin embargo, él mismo queria convencerse de que no era el amor quien trabajaba su alma: él mismo se decia que aquello no pasaba de una ilusion, que aquello no era otra cosa que un afecto momentáneo. ¿Seria que él lo pensase asi efectivamente? ¿O bien, le convenia llamar en su auxilio á la reflexion para resistir á los naturales impulsos de su alma? He aqui un enigma que nosotros no podemos ahora resolver y al que quizas el propio Eduardo no se atrevia á dar entonces una acertada solucion.

Como quiera: ello es que tomó el partido de

devorar en silencio sus ideas: ello es que no quiso decir una palabra á Rafael con respecto al naciente cariño que aquella jóven le inspiraba. El lector habrá comprendido sin duda que el conocimiento de Rafael y Eduardo habia sido casual y debido á la circunstancia de estar inmediatas las lunetas que los dos ocupaban en el teatro. Rafael simpatizó desde luego con el jóven forastero: la educacion de Eduardo era esmerada: su conversacion amena y divertida; sus ideas elevadas sin afectacion: sus modales comedidos al par que desembarazados. ¿Como no habian de influir estas prendas para hacer agradable su trato? Pero Rafael advirtió bien pronto la distraccion repentina de su amigo. Con aquel tacto que le era peculiar adivinó al momento la causa: convirtióse en espia de sus mas leves movimientos, y ya hemos visto como despues de haberse de él despedido estuvo celando sus pasos, como logró sorprenderlo frente á la casa de Sofia, y como le arrancó al fin el secreto que vanamente se habia empeñado en ocultar.

Esta conducta no era de estrañar en Rafael que como luego veremos amaba desinteresadamente á Sofia y tomaba como cosa propia cuanto con ella pudiera tener relacion. Asemejábanse sus oficiosas investigaciones á las de ciertas madres que celan y persiguen á los novios de sus hijas con mas interes que las propias interesadas.

Las palabras enigmáticas de Rafael, los consejos que dió á su amigo al despedirse para que no se empeñara en conquistar el corazon de Sofia, produgeron en el jóven Eduardo los efectos que sin duda aquel deseaba. Acaso el mismo Eduar-

do debia felicitarse del obstáculo impensado que le separaba de la bella desconocida porque esto venia en apoyo de su aparente disposicion á no contraer compromisos amorosos: acaso debian arredrarle los impedimentos que se le anunciaban y hacerle desistir de las inciertas ideas que la vista de Sofia le hubiese inspirado; pero si los inconvenientes acobardan por lo general á los espíritus apocados y vulgares, en las almas elevadas producen un efecto contrario porque ensanchan el círculo de los deseos en el vasto campo de las ilusiones á medida que este círculo se acorta en la region de la posibilidad. Por otra parte el amor es un sentimiento que se alimenta con las contrariedades: ofrecedle obstáculos á un amante por insuperables que sean, y ya vereis como lejos de detenerse en su carrera se aviva mas en su pecho la llama del amor: ponedle un muro de bronce entre sus deberes y su cariño, y ya vereis como el muro no es mas que un débil tabique incapaz de resistir al ímpetu violento de sus deseos. ¡Cuantos padres de familia han precipitado á sus hijos en el peligroso sendero de una pasion desordenada, á fuerza de querer apartarlos de este camino por medios intempestivos que en vez de retraerlos no hacian otra cosa que dar mayor empuge á sus inclinaciones!

Rafael, que conocia bastante los secretos y debilidades de la naturaleza humana habia penetrado desde luego las mas recónditas sensaciones del corazon herido de Eduardo, y comprendia sin dificultad toda la estension de sus sentimientos así como la buena fé conque los alimentaba. Dejóle, sin

embargo, doce horas de tiempo para que pudiera dedicarlas á la reflexion á fin de estudiar despues el efecto que esta produjése, y al dia siguiente, á la hora convenida, cumplió la palabra empeñada á su jóven amigo, presentándose en la casa donde estaba hospedado.

El aspecto de Eduardo ofrecia una mezcla estraña de compostura y abandono. Estaba vestido con mas esmero que el dia anterior: conocíase que habia puesto en su persona mas cuidado del que acostumbraba; pero el semblante era pálido: sus ojos no brillaban como antes: la hermosura natural de su rostro estaba eclipsada por las prolongadas ojeras que descubria, y su mirar lánguido y triste indicaba bien claramente el abatimiento de su espíritu: tenia, en una palabra, retratado en la cara su corazon. Cuando vió á Rafael, una leve señal de alegria á la vez que de sobresalto dejó traslucirse en sus ademanes. Recibiólo muy afectuosamente, y no contento con apretarle la mano, dióle un estrecho abrazo que, sin duda, no iba dirigido á Rafael, sino al amigo de Sofia.

—Me tenia V. con cuidado. ¿Cual ha sido el motivo de la tardanza?—Estas fueron las primeras palabras de Eduardo.

—De la tardanza! (interrumpió Rafael) pues sino es mas que la una: recuerde V. que esta fue la hora que convenimos para nuestra entrevista. ¿Queria V. por ventura que lo hubiese acompañado al desayuno?

—Mucho gusto hubiera tenido en ello; pero creo que V. se equivoca. Las dos deben de ser próximamente; juràra que estan dando ahora en el relox de San Antonio.

—No señor, no estan dando ni darán hasta dentro de una hora. El relox de V. anda muy adelantado: se conoce que le ha faltado tiempo para arreglarlo... Ya se vé, los hombres de ocupaciones estan siempre tan distraidos!...

—Ocupaciones dice V.? Cabalmente no tengo ningunas; pero francamente lo digo, estaba receloso de que no me cumpliese V. su palabra, y el deseo de verle pronto ha sido causa de que las horas me parezcan interminables. La amistad de V. me es tan grata que tendria un pesar en perderla.

—¡Amistad, amistad! (murmuró entre dientes Rafael) ¡Como se juega con tu nombre!

—¿Qué está V. diciendo? repuso Eduardo con viveza, ¿Pone V. en duda mi sinceridad?

—No señor: no la pongo en duda; pero ¿qué quiere V.? esa palabra *amistad* despierta en mí tantas reflexiones... ¡Que dulce es tener un amigo! ¡Y qué dificil encontrarlo!... Este mundo es muy pícaro, Eduardo: penetre V. por un momento en el laberinto de la sociedad: seguro es que ha de retroceder espantado llevando en pos de si una abundante cosecha de desengaños. V. hallará muchos amigos, muchos que le aprieten la mano, muchos que le den intempestivos abrazos; pero vaya V. á profundizar un poco, y ya verá cuan triste es la realidad que se oculta tras de esas vanas esterioridades. El uno se convierte de amigo en lazarillo de V. porque sabe que goza gran influencia en la Corte y espera alcanzar por medio de sus favores la secretaría de tal intendencia ú otro empleito de mas ó menos catego-

ría: aquel le colma á V. de elogios y adulaciones, encomia sus sentimientos y pondera su buen corazon, no por otro motivo sino porque tiene V. dinero y vá como suele decirse, á ver lo que se pesca. Fulano lo convida á V. al café, le brinda con la petaca y le ofrece su palco en el teatro, porque no ignora que se halla V. casado con una muger bonita y está preparando su plan de ataque en contravencion al noveno mandamiento. Todos estos se llaman amigos de V. y amigos íntimos, de confianza, amigos que no le dejan en el paseo, que le leen la gaceta y el diario, que se entran en su casa á las horas de comer, que le acompañan por las tardes para jugar una partida de tresillo, que le celebran á V. cuanto piensa, que le cierran las puertas de su cuarto cuando hace frio, y se las abren cuando hace calor, y le limpian el polvo, y hasta le pondrian si fuese posible la camisa de dormir... Pues con todos estos amigos, con todos estos exagerados obsequios ¡que lejos está el que los recibe de gustar siquiera los placeres de la amistad!

—Habla V. muy bien, Rafael: eso es exactamente lo que sucede en el mundo, lo que estamos viendo todos los dias. Afortunadamente yo no tengo que temer á esa plaga de improvisados amigos. No tengo influencia, ni dinero ni muger bonita ni fea: soy un pobre forastero, y nada mas...

—¿Qué ha dicho V. Eduardo? ¿Es V. pobre? Pues ya tiene cuanto le hace falta: ya puede estar seguro de que á medida que V. se acerque á la sociedad, la sociedad ha de huir de V. co-

mo de un miembro que le es inútil. Sin embargo, todo está compensado en este mundo. El hombre en las diversas alternativas de su suerte, lleva siempre mezclada en sus satisfacciones, la miseria inherente á su condicion. ¿Quién habrá que pueda decir «he bebído la copa del deleite sin haber tragado una parte de veneno»? Allí donde se descubre la cúspide de la prosperidad, solo existe las mas veces la triste realidad del infortunio. V. siendo pobre como me dice, no encontrará, es cierto, muchos que le hablen de amistad, no recibirá los elogios y distinciones que comunmente se prodigan á la fortuna; pero si halla casualmente á un hombre algun tanto favorecido por esa misma fortuna que se interesa, sin embargo, por V. que lo consuela en sus desgracias, que se honra con su estimacion, entonces V. podrá decir que tiene un amigo, podrá gozar con este dulce sentimiento cuya escelencia es tan poco conocida, entonces V. podrá ser feliz bajo al punto de vista de la amistad... Venga esa mano Eduardo.... Ahora es cuando yo quiero abrazar á V... ahora que lo veo conmovido y que creo participa V. de mis propios sentimientos... Aquí donde V. me vé tengo al cabo de mis años un corazon verdaderamente sensible. Estas escenas me afectan de un modo estraordinario: no ha faltado mucho para que me viese V. llorar como un chiquillo.

Eduardo esperimentaba efectivamente las mas dulces emociones. En el alterado semblante de Rafael veia pintada la nobleza de su alma.

=¡Oh mi buen amigo! (le decia estrechándolo

en sus brazos) ¡Cuan criminal debo ser á sus ojos! V. me habrá considerado quizas en el número de esos hipócritas que toman en sus labios la amistad para hacer con ella un comercio aborrecible: V. habrá atribuido el interés con que lo esperaba y las señales de afecto con que lo he recibido á una mira de egoismo que habrá creido descubrir en mis demostraciones, V. me habrá culpado...

Rafael no le dejó continuar, y mudando al momento de tono le salió al encuentro diciéndole:

—¿Y por qué razon Eduardo? ¿Hay acaso algun motivo para que la amistad de V. no sea tan desinteresada como la mia? ¿Qué objeto de interes propio pudiera llevarse V. en distinguirme con su afecto?... Yo creo que ninguno.

—Efectivamente... dice V. bien; pero.....

—Vamos espliquese con franqueza: ¿tiene V. algun favor que pedirme?

—Yo!..... Ninguno.....

—¿Y entonces ¿á que viene esa turbacion?

—¡Qué poca memoria tiene V. Rafael! Yo crei que no se le hubiera olvidado la conversacion de anoche.

—¡La conversacion de anoche! No me acuerdo que tratásemos de ninguna cosa interesante. Justamente fue una conversacion puramente literaria: la comedia que se representaba, la propiedad de su argumento, las últimas controversias entre los literatos franceses... á esto estuvo reducido lo que hablamos.

—Bien, eso fué en el teatro; pero despues no nos vimos en la calle?

—Si, nos vimos: embromamos un rato, y nos

despedimos quedando citados para hoy.

—¿Embromamos? ¡Ojalá que todo hubiese sido broma!..... ¿Y Sofia fué tambien objeto de broma?

Al llegar aqui, soltó Rafael una maliciosa carcajada, y esclamó al mismo tiempo.

—Ba, ba, ba! Sofia! ¿Ahora salimos con esa! Si aquello no era mas que *una ilusion del momento: una idea que no pasaba de los sentidos y que estaba muy lejos de llegar al corazon.*

—¡Siempre ha de ser V. cruel conmigo en tratándose de esta materia!

—Yo cruel! Pues hombre ¿no me dijo V. que estaba firmemente persuadido de que el interes que Sofia le inspiraba habia de disiparse como el humo luego que la reflexion obrase en V. sus naturales efectos?

—Ay Rafael! La reflexion es precisamente lo que me mata.

—Efectivamente estoy observando ahora que se halla V. pálido y muy demudado de anoche acá. ¡Pobre Eduardo! ¿Conque lo tenemos á V. enamorado?

—Ni yo mismo sé como estoy. Lo que puedo decir á V. es que siento un vacío en mi corazon, y que este vacio unicamente Sofia es capaz de llenarlo.....

—Y precisamente Sofia está imposibilitada de hacer á V. ese favor.

—¡Oh! ¿Cual es la causa? Ese secreto, Rafael, ese secreto horrible es lo que yo quiero saber al momento. He aqui el favor que iba á pedir á V.

—Aun no es tiempo Eduardo... Mas adelante veremos.....,

—Mas adelante! ¡Cuando mi alma esté ya cansada de padecer! ¡Cuando la incertidumbre haya despedazado mi corazon! ¡Oh! No por Dios: digamelo V. todo ahora: se lo ruego en nombre de nuestra amistad.

—Y luego que V. lo supiese ¿se contentaria V. con esto, Eduardo? ¿Pararian aqui sus deseos?

—Oh! Entonces solo pediria á V. una cosa, Ver a Sofia: verla aunque fuese de lejos.....

—Y cuando la hubiese V. visto de lejos, querria probablemente verla de cerca, y despues hablar con ella, y luego declararle su amor, y mas tarde desearia V. ser correspondido, y así de pretension en pretension iria V. à parar hasta pedirle el dulce título de esposa.

—¡Sofia mi esposa! Imposible Rafael, No puedo yo merecer esa suprema felicidad. Un mundo de imposibles me separa quizas de su lado.

—No se equivoca V. mucho; pero hablemos de su pretension. Suponga V. que está hablando con Sofia y que le pide V. la revelacion de ese secreto que es una propiedad suya y no mia. Suponga V. tambien que ella se presta á descubrirselo: aun en este caso ¿no seria muy justo que antes le manifestase V. tambien sus secretos particulares?

—Muy justo seria efectivamente si yo tuviese secreto alguno que descubrir.

—Alguno tiene V. amigo mio. Hasta ahora, yo no sé ni el estado ni la ocupacion, ni las demas circustnancias que en V. concurran: no sé quie-

nes sean sus padres: no sé mas que su nombre, y esto á la verdad no me parece que seria bastante para satisfacer la curiosidad natural de una muger á quien se ama..... ¡Qué! ¿No quiere V. contestarme? ¿Teme V. por ventura decirme que carece de un nombre ilustre?

—No Rafael, no es eso lo que temo..... Mi historia puede escribirse en cuatro renglones..... Soy un pobre huérfano..... carezco de riquezas... mis padres eran honrados..... yo no quise serles gravoso y marché á paises estrangeros para buscar mi subsistencia..... Este último objeto es lo que ahora me conduce á España..... vea V. mi pasaporte y en él hallará las demas circunstancias que desee saber.

Rafael recogió dicho documento, y leyó en él el nombre de su amigo: despues continuó leyendo *veinte y cuatro años: soltero: retratista.*

—Es V. retratista?

—Si amigo mio.

Quedó Rafael pensativo un rato, y tomando de repente el sombrero.

—Me ocurre una idea, dijo á Eduardo, y es preciso que nos separemos.

—¡Oh! No puedo permitirlo. ¡Es posible que quiera V. dejarme en esta cruel incertidumbre!

—Por la conveniencia de V. lo hago: yo volveré pronto: déjeme V. obrar y no me detenga.

—Dos palabras siquiera...

—No puede ser.

—Compadezcase V.....

—Adios Eduardo.

—¡Oh! ¡Que desgraciado soy! Adios.....

Un momento despues, Rafael bajaba las escaleras y Eduardo echándose sobre una silla se abandonaba á los transportes de su dolor.

CAPITULO III.

EL PASAPORTE FALSO.

DEJEMOS á Eduardo abismado cada vez mas en sus reflexiones, y digamos algo de la bella desconocida que era causa inocente de sus tormentos. Hemos hablado ligeramente y como por incidencia de Sofia, y de su padre. Hemos visto á Rafael interesarse vivamente por la primera y no disimular que poseia su confianza y era dueño de sus secretos. ¿Cual podia ser la causa? Cuales los antecedentes, la posicion y relaciones de estas tres personas. He aqui lo que vamos á decir á nuestros lectores.

Allá por el año de 1816 vivia en cierto pue-

blo de Castilla uno de estos hombres mimados por la fortuna que han alcanzado en la sociedad una posicion bastante distinguida, no tanto por sus cualidades morales ni por los merecimientos de su saber, como por uno de los muchos caprichos con que la suerte protege algunas veces á quien menos es acreedor á sus favores. Hallábase casado este hombre con una jóven interesante cuyo caracter formaba un estraño contraste con el de su marido. Era ella sensible como pocas y amables como ninguna, mientras él revelaba en su genio adusto y reservado la natural sequedad de un alma incapaz de abrigar ninguno de esos dulces sentimientos que ensanchan agradablemente el orizonte de la vida. Jacobo y Matilde (asi se llamaban los dos esposos) no esperimentaban por consiguiente los verdaderos placeres del matrimonio. Deslumbrada la segunda por el falso oropel de las riquezas del primero, habíale consagrado su belleza y su porvenir, ignorando sin duda que todas las riquezas del mundo no son bastantes para conquistar á un corazon de yelo, ni menos para llenar el inmenso vacio que deja por necesidad la ausencia del amor entre dos personas obligadas á vivir siempre bajo un mismo techo.

Las ideas de Jacobo eran en alto grado perniciosas. Para él no habia sociedad propiamente dicha. Mas bien que la reunion de los asociados por un vínculo comun de recíprocos derechos y obligaciones, denotaba en su concepto aquella palabra una congregacion forzosa de aisladas individualidades que dirigidas por el ciego instinto del interés particular, para nada necesitaban te-

ner en cuenta el interes general que á aquel instinto se opusiese. Jacobo no veia del mundo, sino lo que estaba en harmonia con su propia conveniencia: una ambicion que traspasaba los límites del deber: un egoismo que le prohibia compadecerse de los males agenos; un alma esclavizada por los sentidos; y por consecuencia de estos principios, la falta de goces espirituales y la dominacion absoluta de los efímeros placeres del materialismo, tales eran las principales ideas é inclinaciones que descollaban en el carácter estrambótico de este hombre.

Por el contrario, Matilde como hemos dicho tenia un corazon hermoso; era bella, amable, virtuosa y caritativa. Ella habia creido posible atraerse el amor de su marido, no ese amor pasagero que embotado en el primer mes del matrimonio se convierte al segundo en un disgusto insoportable, sino el amor puro y verdadero que solo concluye en la tumba, el amor que sin ser deleite endulza las aflixiones de la vida y hace agradables y apetecibles los encantos de la felicidad doméstica. Pero Matilde se habia equivocado en sus ilusiones y bien caro pagó la desventurada el error que en esta parte concibiera.

En un principio Jacobo era estremoso: parecia que amaba con delirio á Matilde: cuantos obsequios y cuidados pueden alhagar el amor propio y hasta el orgullo de una muger, otros tantos disfrutaba la bella recien casada en aquellos dias que pasaban como minutos en su acalorada fantasia. Y sin embargo, en medio de todo Jacobo no amaba á su esposa: sentia, es verdad, hacia ella

la inclinacion á que un sensualismo repugnante le arrastraba, pero su corazon estaba yerto, su corazon nada le decia, porque como ya hemos dicho su corazon era insensible. Luego que desapareció la momentánea ilusion de los sentidos, luego que las palabras *yo te quiero, yo te amo, yo no puedo vivir sin tí* dejaron de menudearse; luego que el trato contínuo acortó la valla de los respetos y ensanchó los límites de la confianza, Jacobo apareció tal como era naturalmente, tal como su educacion y sus hábitos lo habian formado. Aquel amor postizo se disipó como el humo: aquellos dias de bonanza se convirtieron en noches tempestuosas: aquellos minutos de felicidad no fueron ya sino siglos de padecimientos.

Matilde notó la transformacion de su esposo y no pudo ménos de temblar por la suerte que la aguardaba: apesar de todo, en el fondo de aquel alma privilegiada permeneció inalterable el amor respetuoso que profesaba á Jacobo: ella conoció que si hasta entonces le habia bastado ser buena esposa para cumplir los deberes de su estado, en lo sucesivo, ya no era esto suficiente porque necesitaba sufrir su desgracia con la calma de la virtud y con la resignacion de un martir. La muger cuando llega á encontrarse en casos semejantes, solo puede conllevar sus penas, elevándose sobre sí misma y haciéndose superior á la debilidad de su sexo. Una época hay en que le es dado meditar libremente las contingencias del porvenir: pasada esta época y unida en lazos indisolubles con el hombre que admitiera por compañero, no se empeñe en apelar á medios violentos para conjurar

los males que le sobrevengan: todo es entonces infructuoso, y mientras mas se deje llevar por los impulsos de su resentimiento, mas pronto precipitará la catástrofe que no supo en tiempo remediar.

Una cosa dulcificaba los disgustos de Matilde. Habia tenido la suerte de ser madre: la inocente Joaquina que así se llamaba su hija, contaba apenas dos años de edad: el deseo de consagrarle sus cuidados, de formar acertadamente su educacion, de vivir, en una palabra, para ella, alentaba algun tanto á aquella muger infortunada, y asi es que cuando recibia de su marido una de aquellas miradas de indiferencia que tan cruelmente la atormentaban, procuraba volver al momento los ojos á la cuna de su hija, en cuyas gracias infantiles hallaba bien pronto un antídoto al veneno de sus aflixiones. El cariño maternal es quizas el mas grande de todos los cariños: cuando una madre tiene en sus brazos al hijo que llevó en su seno, olvida todas sus penas y se transporta naturalmente á una region de verdadera felicidad. Ademas es sabido que los hijos estrechan de un modo considerable las mutuas relaciones de afecto entre los autores de sus dias, porque enlazándose estos entonces á la sociedad con vinculos mas fuertes y seguros, garantizan en cierto modo al matrimonio el augusto carácter que la religion le impone, y que la conveniencia pública señala á los que le contraen. Es esto tan cierto que aun al mismo Jacobo, apesar de su conocida insensibilidad, no le era dable resistirse á tomar parte alguna que otra vez en las caricias que Matilde

dispensaba continuamente á la hija de sus entrañas.

En el mismo pueblo donde Jacobo y Matilde habitaban vivia tambien un tal don Eugenio, viudo, rico, y de mucha influencia entre sus convecinos que lo amaban como á un padre, y lo atendian con el respeto que á los ojos del pueblo inspira siempre el esplendor de la fortuna cuando está enlazda con las virtudes de una vida ejemplar.

Eugenio habia sido siempre protector de la familia de Matilde, y tenia en su casa y compañia á un hermano de esta nombrado Federico que era dependiente suyo desde la edad de trece años y al que, mediante su buen comportamiento, habia interesado en su capital, asignándole una parte de utilidades, y autorizandolo completamente (tal era la confianza que le merecia) para administrar sus cuantiosos bienes, y entender por si solo en todos sus negocios; de manera que Federico habia llegado á ser en la casa de Eugenio un verdadero socio, mas bien que dependiente de su antiguo principal.

Matilde era demasiado prudente para hacer públicos sus padecimientos, ni menos para ridiculizar la conducta de su marido. Jamas revelaba á su hermano ni á Eugenio los disgustos que la atormentaban, y apesar de esta reserva, el trato de ambos, que le era muy grato frecuentar, minoraba bastante sus penas y era otro aliciente, á mas del que le proporcionaban las caricias de su hija para hacerle llevadera la existencia.

Por su parte Jacobo no miraba tampoco con repugnancia estas relaciones. A sus ojos era Eu-

genio un escelente sugeto, no por que apreciase á Matilde, ni porque hubiese protejido á Federico; sino porque era hombre de dinero y tenia por consiguiente el requisito que mas alhagaba sus deseos y preocupaciones... ¿Quién sabe, se decia él á si mismo, si cuando muera este buen hombre podré yo heredar por carambola alguna parte de sus riquezas?

Todas estas causas de diversa índole y en cierto modo contradictorias, influian bastante para unir á entrambas familias con una amistad que en todos, menos en Jacobo, era sincera y desinteresada. Habia tambien una feliz circustancia que estrechaba mas todavia estos afectos. Eugenio tenia un hijo de cinco años á quien queria con estremo: llamábase Julio de nombre, y Matilde que lo habia visto nacer compartia entre él y su hija los cuidados del cariño maternal: asi es que Julio y Jooquina estaban juntos casi siempre y sus padres se complacian mutuamente acariciándolos y siendo testigos de los primeros y mas inocentes juegos de la infancia.

Pero un acontecimiento imprevisto vino de pronto á trastornar el contento y la paz de las dos familias. Eugenio se habia distinguido mucho en la guerra de la independencia por su lealtad á la causa que la nacion española defendia: habia hecho inmensos sacrificios pecuniarios para armar el pais en masa contra las tropas de Napoleon, y ademas hubo de pronunciarse decididamente en aquella época por las ideas liberales que sirvieron de fundamento á las reformas políticas acordadas en la isla gaditana.

La reaccion de 1814 fué un golpe mortal para sus opiniones y lo fué tambien para su propia tranquilidad, porque desde entonces era vigilado de cerca por las autoridades y perseguido con todo el odio y exageracion que enjendran comunmente en los partidos estremos los resentimientos políticos. Implicado despues en una de las tentativas que hizo el partido vencido para derrocar al partido vencedor, Eugenio tuvo noticias positivas de que estaba acordada su prision, y ya no le fué dable permanecer por mas tiempo en el pueblo de su domicilio. Decidióse á salir de España con su hijo para librarse de la saña de sus perseguidores, y al efecto arregló del mejor modo posible sus comprometidos intereses; puso en salvo los que podia llevarse consigo, y dejó al frente de los demas á su fiel amigo Federico, despidiéndose con lágrimas en los ojos del pais que le habia visto nacer, para buscar en un suelo estrangero la paz y el reposo que una maldicion del cielo parecia haber alejado de la infeliz España.

Este funesto acontecimiento causó como puede suponerse una sensacion dolorosisima en el llagado corazon de Matilde. Aquella muger desventurada sintió por primera vez que le faltaban las fuerzas para batallar con la suerte cruel que la perseguia. Anegado su rostro en llanto y comprimido su pecho por los sollozos que le arrancaba su dolor, apretó la convulsa mano de Eugenio, estrechó en sus brazos al inocente Julio, y su voz sofocada por los mas tristes gemidos apenas pudo pronunciar el *adios* terrible que la separaba quizas para siempre del respetable protector de su fa-

milia y del tierno compañero de su hija.

Julio y Joaquina lloraban tambien sin saber porqué; lloraban con la candidez de la inocencia, y de este modo tomaban parte maquinalmente en la aflixion de sus padres. Hasta el insensible Jacobo dejó asomar una lágrima, la primera quizas que se habia desprendido de sus ojos. A no haber sido por esta lágrima, sabe Dios si Matilde habria podido sobrellevar su nuevo infortunio: ella le sirvió de consuelo porque le hizo entrever la esperanza de ablandar por fin el endurecido corazon de su esposo.

Entretanto, Eugenio profundamente conmovido, correspondia á tantas demostraciones de afecto con señales inequívocas del dolor que embargaba su alma.

—¡Oh, amigos mios! (les decia con vivísima emocion) caros amigos de mi alma! Ha llegado un momento de prueba superior á mis débiles fuerzas: todos los recuerdos de mi pasada felicidad se agolpan en tropel á mi mente para hacer mas sensible el trance cruel en que me encuentro. ¡Qué triste es separarse por primera vez de personas tan queridas! Pero... no hay remedio... La injusticia de los hombres me arroja de vuestro lado... Tengamos confianza en la justicia de Dios, en la eterna justicia de su providencia. Ella nos restituirá estos dias de santa paz que nos roba la instabilidad de la suerte. Sí, no lo dudemos: amanecerá para nosotros un dia sereno que disipe la sombra de nuestros infortunios. Entonces, yo volveré á vuestro lado para disfrutar nuevamente las delicias de la amistad: yo volveré para concluir

mis dias á estos sitios que me son tan gratos, á estos paises donde he nacido, donde nacieron mis padres, y donde se hallan grabados todos los recuerdos de mi vida. Mi hijo participará tambien de estos sentimientos, y educado bajo la inspiracion de ellos, vendrá conmigo, se rodeará de vosotros, amará á Joaquina en su juventud como ahora la quiere en su infancia: nosotros protejeremos esta inclinacion entre los dos herederos de nuestros nombres, los llevaremos al piè del altar, y cuando el augusto sacramento del matrimonio haya santificado esta union, ellos serán buenos esposos despues de haber sido buenos hijos: ellos nos acompañarán en la vejez y serán nuestro apoyo y nuestro consuelo hasta que llegue la hora de dejar este mundo de ilusiones y desengaños. Prometedmelo asi, amigos mios: prometedmelo en nombre de esa hija que forma las delicias de vuestra vida... ¡Oh! pierda yo la felicidad presente, ya que Dios asi lo ha querido; pero no pierda siquiera la esperanza del porvenir.

Matilde se hubiera arrojado en aquel instante á los pies de su bienhechór, si este no la hubiese contenido. Ella no podia contestar porque se lo impedia la conmocion que la agitaba; pero harto decian sus lágrimas y sollozos; harto significaba con aquel mudo lenguage la gratitud que rebosaba en su alma.

A Jacobo no disgustaron tampoco las últimas palabras de Eugenio: detrás de aquella escena sentimental y patética, veia él la esperanza de aumentar su fortuna con alguna parte de la de su amigo: asi es que acogió con aparente entusiasmo

las generosas intenciones de este, dándole un fuerte abrazo en señal de su avenimiento á los deseos que manifestaba.

Poco despues un doloroso grito de Matilde; indicó la marcha de Eugenio.....

.....

.....

Los sucesos politicos de 1820 operaron en Jacobo una transformacion notable. Aunque la naturaleza de su caracter no le permitia sustentar con fé y entusiasmo ninguna opinion determinada, él se decidió en aquella época por la causa constitucional que acababa de prevalecer en la nacion española. Para Jacobo, todas las teorias y todos los sistemas eran iguales considerados bajo el punto de vista del interes general. La monarquia, lo mismo que la democrácia: el gobierno absoluto, lo propio que las instituciones representativas, no eran para él otra cosa que cuestiones de palabras, cuestiones que no merecian la pena de tomarse por ellas ningun genero de afanes, ninguna clase de cuidados. Aquella forma de gobierno que mejor le diese esperanzas de aumentar sus riquezas, era en su concepto la mas oportuna y conveniente, salvo siempre la posibilidad de que mas tarde la forma de gobierno opuesta alhagase á si mismo sus ambiciones, en cuyo caso ningun reparo tendria en convertirse de republicano en absolutista, ni en tornar luego á transformarse de absolutista en republicano. Era en fin lo que se llama un egoista en toda la estension de la palabra.

Desde la fuga de Eugenio se habian suscitado contra Jacobo sospechas poco fundadas de libera-

lismo, sospechas que no tenian otro origen que su amistad estrecha con aquel proscrito: esto le disgustó bastante, y la circunstancia de que los intereses de su amigo que ya él consideraba en mucha parte como suyos estaban comprometidos y ligados con las viscisitudes de las doctrinas constitucionales, todo se reunió para inspirarle un aparente entusiasmo en favor de ellas, y para hacerle celebrar su restablecimiento con demostraciones que cualquiera hubiera atribuido á un sincero interés por la causa pública.

Situado ya en esta posicion no se descuidó Jacobo en sacar todo el partido posible de las opiniones que por utilidad propia sustentaba: invirtió una buena parte de su caudal en bienes nacionales que compró á ínfimo precio y de esta manera se hizo un hombre poderoso y de gran influjo en el partido á que entonces pertenecia. Esto le hizo mas tratable, y la pobre Matilde comenzaba ya á alimentar esperanzas de vencer á fuerza de obsequios la natural aspereza de su marido. Verdad es que Jacobo nada podia envidiar en aquella época; tenia cuanto podia desear un hombre tal como le hemos pintado, y sin embargo, no se podia llamar feliz, ya porque la felicidad es una ilusion que mientras mas corremos tras ella mas se aleja de nosotros, y ya tambien porque este vacio que nunca se llena en el corazon del hombre es mas notable por precision cuando se cifra la felicidad, como la cifraba Jacobo, en los goces puramente materiales y en el esclusivo provecho del interes propio. Es indudble que quien halla placer y contento en el bien de sus semejan-

tes se aproxima mas esa ilusion, y tiene momentos en que realmente se considera feliz; porque olvidándose entonces de sí mismo, de sus necesidades y de sus miserias, dirige sus pensamientos á una region mas ideal y mas alta en que es posible disfrutar placeres que nunca caben en el círculo mezquino de nuetras ambiciones. Jacobo estaba dominado por ideas enteramente contrarias á estos principios, y no era fácil que abandonase jamas por completo el caracter seco y adusto que lo distinguia: el efecto no podia desaparecer mientras la causa existiese.

Entretanto, Eugenio se hallaba establecido en Gibraltar, punto que habia escogido para fijar su residencia por ser el mas inmediato á su querida patria. El merecido crédito de su nombre, y la notoria honradez de su conducta, le dieron bien pronto en el comercio una reputacion favorable que le hizo recuperar con creces las pérdidas que la expatriacion le habia ocasionado. Ya fuese por este motivo, ó ya porque no le inspirara gran confianza la marcha de la revolucion española, permaneció en Gibraltar desde 1820 á 1823, en tanto que su antiguo dependiente Federico cuidaba en España de todos sus negocios, y consolaba á Matilde en sus disgustos, manteniendo siempre con Jacobo las mejores relaciones de amistad.

La catástrofe de 1823, volvió á hacer forzosa la permanencia de Eugenio en Gibraltar, y á la vez fue causa de grandes quebrantos para Jacobo que perdió una gran parte de su fortuna á resultas de haberse anulado las ventas de bienes nacionales en que estaba fuertemente interesado. No

por esto puede decirse que quedara reducido á la pobreza: todavia podia contar con lo necesario para asegurar á su familia una decorosa subsistencia; pero fué tal en él la influencia de aquel acontecimiento, que su caracter se hizo completamente insufrible.

La pobre Matilde se vió privada bien pronto hasta del triste placer de consolarlo, porque sus palabras eran rechazadas con dureza por aquel hombre de marmol, que á fuerza de reconvenciones inmerecidas y de malos tratamientos, logró por fin acortar los dias de su infortunada compañera.

Matilde conoció que se aproximaba el término de sus padecimientos: no era posible que mirase con ceño la muerte quien tantas penas habia sufrido durante su vida; pero la idea de abandonar á su hija que apenas contaba diez años, la idea de dejarla en el mundo espuesta á los rigores de la suerte sin mas proteccion que la de un padre como Jacobo, amargaba los últimos momentos de su existencia, y la obligaba á dirigir sus tristes reflexiones hácia el porvenir tenebroso que á su imaginacion se presentaba.

Un dia que estrechaba en sus brazos á la inocente Joaquina, no pudo menos de esclamar con toda la efusion de su cariño maternal.

=¡Hija mia! ¡quien pudiera alargar la vida para consagrartela eternamente! ¡Quien pudiera detener, hasta que tu fueses feliz, el golpe cruel de la muerte que veo proximo á caer sobre mi!

Joaquina dió un grito de espanto al oir estas palabras, al mismo tiempo que contemplaba ater-

rorizada el desfallecido semblante de su madre.

—No te aflijas hija mia, continuó esta procurando enjguar las lágrimas que nuevamente brotaban de sus ojos, pensemos en ti que es lo que mas interesa. Tienes diez años de edad, y no pasarán muchos mas sin que recibas de la naturaleza los peligrosos encantos de la juventud. Acuerdate, Joaquina querida, que eres la prometida esposa del hijo de mi respetable protector... Muero en la dulce confianza de que esta union cimentará para siempre vuestra felicidad, pero si llegas á conocer algun dia que no amas á Julio lo bastante para ocupar en tu corazon el lugar de un esposo, no le des este título ni sacrifiques por ningun género de consideraciones los lícitos impulsos de tu alma. Hazte, violencia, cuando sea preciso para vencer aquellas pasiones que condena la educacion que has recibido; pero no te empeñes nunca en buscar al amor, mientras el amor no venga á buscarte á ti: Ten, presente hija mia, que esto te lo dice tu triste madre casi al pié del sepulcro.

Matilde no se engañaba al pronunciar estas palabras. Pocos dias despues habiéndose debilitado progresivamente sus fuerzas, acometióle una enfermedad mortal, y exaló por fin el último suspiro.

.....

.....

Mientras tanto pesaban sobre Jacobo las funestas consecuencias de las reacciones políticas, si bien, aunque vigilado y perseguido constantemente por las autoridades del gobierno de Fernando VII, pudo conducirse de modo que no se le obli-

gase á salir de España como habia sucedido á Eugenio. El conocia, sin embargo, lo crítico de su situacion que vino á agravarse considerablemente por resultas de la revolucion francesa de 1830 y de la invasion de los emigrados españoles por la frontera de los Pirineos. Avivó, por tanto, las gestiones que tenia comenzadas para convertir en dinero todos sus bienes, y cuando esto lo hubo conseguido pidió y obtuvo pasaporte para Paris á donde pensaba marchar con su hija y con Federico, á fin de poner corrientes varios asuntos de familia y reunirse allí con Julio, que por disposicion de Eugenio estaba estudiando en uno de los principales colegios de la capital de Francia.

Sucedió esto á principios de 1832; pero cuando ya Jacobo estaba de camino, ocurriósele la idea de pasar antes a Gibraltar, lo cual le fué negado por la policia. No obstante, como era hombre que con dificultad cesgaba en sus propósitos valióse de mil intrigas, y á favor de ellas, y del poderoso influjo de algunas onzas de oro, consiguió un pasaporte falso para marchar á dicha plaza, y entre los diferentes pueblos que visitó en el tránsito, fué uno la ciudad de Cádiz donde quiso permanecer algunos dias para descansar de su largo viage.

Jacobo se habia disfrazado con el nombre de Braulio, Joaquina con el de Sofia, y Federico con el de Rafael. Estos eran los nombres que resultaban del pasaporte, y ya se deja conocer que los tres tendrian gran cuidado en no revelar los verdaderos, para evitarse una prision segura y un castigo severo á que daria lugar infaliblemente el esclarecimiento de la verdad.

He aqui el motivo de que Rafael (asi continuaremos llamándolo) se negase á manifestar á su amigo Eduardo el secreto que este procuraba averiguar con respecto al compromiso que ataba la mano y el corazon de la supuesta Sofia.

CAPITULO IV.

EL AMOR CORRESPONDIDO.

MUY lejos estaba Rafael de simpatizar con las opiniones de su cuñado. Dotado de una bondad de alma superior á todo encarecimiento, tenia su carácter muchos puntos de semejanza con el de la desgraciada Matilde, y aventajábale todavia en inteligencia y penetracion para conocer las miserias del mundo, y los mas íntimos secretos del corazon humano.

No ignoraba Rafael las verdaderas causas de que habian dimanado los continuos pesares de su hermana, y por lo mismo que las comprendia, hallábase fuertemente interesado en preservar á su

sobrina de las tristes contingencias que pudiera producirle el influjo de la autoridad paterna á que estaba sometida.

Contaba ya la bella Sofía (nombre que seguiremos dándole por ahora) diez y ocho primaveras, y habia llegado por tanto á la edad mas peligrosa de la juventud, edad en que las pasiones se desarrollan con una velocidad indefinible y en que una mala direccion de nuestros sentimientos suele causar de un modo irrevocable la desgracia de nuestra vida.

Rafael que habia profesado á Matilde el cariño de un buen hermano, amaba por esta misma razon á Sofía como se puede amar á una hija y se interesaba por ella con tanto afan como si real y efectivamente lo fuese. No se le ocultaba que, aunque comprometida para dar á Julio la mano de esposa, el corazon de los dos jóvenes no habia tomado parte en este compromiso, y aleccionado ya lo bastante con el triste ejemplo de su hermana, pensaba con sobresalto en la posibilidad de un enlace que no fuese promovido por la espresa y deliberada voluntad de los contrayentes. Persuadido al propio tiempo de que Eugenio, su respetable protector, discurria en este asunto de la misma manera, todos sus conatos se dirigian á proporcionar á su sobrina ocasiones en que pudiera ponerse á prueba la consecuencia de su compromiso, porque él que conocia los encantos que la adornaban y la sensibilidad esquisita de su alma, suponia con mucho acierto que únicamente amando á Julio como habian querido sus padres que lo amase le seria posible resistir impasiblemente á los alhagos y las ternezas con que habrian de

perseguirla forzosamente los adoradores que se le presentasen atraidos por el poder de sus atractivos.

Esto esplica suficientemente la clase de interes que habia influido en Rafael para estrechar relaciones de amistad con Eduardo. Las ardientes miradas dirigidas por este en el teatro á la bella Sofia, habian producido su natural resultado. Mas de una vez la tímida jóven sintió que le salian al rostro los colores, signo evidente de un honesto rubor, y para ocultar aquella conmocion cuya causa ella misma no comprendia, procuraba de vez en cuando taparse la cara con el abanico, usando al efecto de cierta coqueteria arrebatadora con que las mugeres cuando se ven queridas saben dar mayor realce al imperio de sus gracias.

Nada de esto se pasaba por alto á Rafael que en las demostraciones ostensibles de Eduardo y en las recatadas miradas de Sofia, veia un preludio del amor que estaba á punto de encenderse, si ya no se habia encendido, en aquellos dos corazones. Era, pues, llegado el caso de esperimentar la consecuencia de la última y de probar si conservaba á Julio un recuerdo capaz de cimentar el cariño que debia hacer la felicidad de los futuros esposos.

Ya hemos visto que los primeros pasos de Rafael le habian descubierto la verdad de sus presunciones con respecto á Eduardo. Faltábale hacer igual averiguacion acerca de su sobrina, y con este objeto, luego que dejó al primero entregado á mil reflexiones tan tristes como contradictorias se dirigió á la casa de la segunda, resuelto decididamente á poner por obra el plan que acababa de meditar.

Hallàbase á la sazon Sofia en el cierro de cristales, cuya cortina interior habia tenido cuidado de descorrer en la parte suficiente para ver y ser vista desde la calle. Apenas divisó á su tio, abandonó su labor, que consistia en una petaca, y corrió á la puerta para recibir á Rafael á quien alargó la mano como tenia por costumbre, haciéndole ademas mil caricias en demostracion de la candorosa alegria que esta visita le ocasionaba.

—¡Válgame Dios, querido tio! (le dijo á manera de reconvencion cariñosa) he estado esperando á V. toda la mañana, y ya iba temiendo que tendria hoy el pesar de no verle...

—Antes de que prosigas, interrumpió Rafael, debo recordarte lo que ya te he dicho varias veces. Escusa nombrar para nada nuestro parentesco. Ya sabes el riesgo que tu padre y todos nosotros corremos: si cualquiera nos escuchase ahora, éramos perdidos sin remedio. Hazte cargo que soy un dependiente de Jacobo, mal he dicho, de D. Braulio, que es el nombre que resulta de nuestro pasaporte. Olvidate de tu tio Federico, para hablar con Rafael á secas, asi como yo me olvido de Joaquina para acordarme tan solo de la bella Sofia.

—En verdad, que no puedo acostumbrarme á unas variaciones tan repugnantes. ¡Es tan doloroso para mi, desentenderme de que estoy hablando con el hermano de mi buena madre!... Y luego, eso de hacer descender á V. de su posicion, eso de considerarlo como un dependiente.....

—No continues, interrumpió Rafael: ¿de qué posicion te imaginas que desciendo yo al transformarme en dependiente de tu padre? Por

ventura, ¿no lo he sido y aun lo soy de mi antiguo protector y amigo Eugenio? ¿Me crees en el caso de otros muchos que porque han alcanzado algunos bienes de fortuna ó porque han sido favorecidos en otro concepto por la suerte, se avergüenzan de recordar su posicion anterior y pretenden borrar hasta la memoria de sus humildes antecedentes? Piensas muy mal si tal crees. El hombre no debe envanecerse sino de su honradez: quien por medios lícitos llega á encumbrarse en la sociedad, razon tiene para felicitarse en el recuerdo de su orígen, por mas triste que este sea, pues cábele entonces la gloria de hacer ver que ha sabido aumentar por sí mismo su importancia social. Unicamente discurren de diverso modo los que sin mérito y sin talentos para justificar su elevacion han empleado la intriga, la inmoralidad y otras pasiones de mal linage, para encubrir con falsas esterioridades la mezquindad de sus ideas y la pobreza de su talento. Yo no quiero darme otro valor que el que realmente tenga: pero cifro mi amor propio y la tranquilidad de mi conciencia en la consideracion de que he podido labrar honradamente mi fortuna en esa clase de dependencia que tú no quisieras recordarme y que yo sin embargo recuerdo con satisfaccion y hasta con orgullo.

Sofía escuchaba siempre con placer y con respeto las palabras generalmente graves de su tio: así es que se apresuró á pedirle mil perdones por la observacion que acababa de hacerle, y procurando mudar la conversacion, volvió á reconvenirle por su tardanza, mezclando estas quejas con

alhagos y demostraciones del mas puro cariño.

Rafael se escusó con sus ocupaciones, manifestando que habia invertido la mañana en escribir á Eugenio sobre varios particulares relativos á sus intereses y

—Ademas, añadió, he tenido que practicar ciertas diligencias para preparar nuestro viage á Gibraltar que debe realizarse lo mas pronto posible.

No sentó muy bien á Sofia el anuncio de una próxima marcha, y Rafael que venia decidido á estudiar su semblante y á observar detenidamente sus acciones, paró al momento la atencion en esta repugnancia y revistiéndose de cierta seriedad afectada y maliciosa,

—¿Qué es eso? (interrogó á su sobrina) Ayer deseabas apresurar el viage, segun digistes á tu padre y á mi, y hoy por lo que veo no tienes mucha prisa. ¿En qué consiste tal variacion?.... Vamos, responda V. señorita: creo que tengo un derecho para saber la causa.

Sofia no contestó, pero se puso encendida como la grana.

—¿Y á qué viene ahora esa turbacion... No me ocultes tu lindo rostro... Deja que te vea cara á cara... Yo no te comprendo, Sofia. De ayer á hoy te has puesto desconocida... ¡Cuanta reserva!... ¡Cuanta timidez!... ¿Estas mala por ventura?

—Si señor, un poco mala me siento, contestó Sofia, que vió el cielo abierto al escuchar esta última pregunta.

Para las mugeres son los males un escelente recurso que las saca frecuentemente de mil apuros: cuando riñen con los novios, cuando les des-

cubren algunos de sus secretos amorosos, cuando quieren verse libres de testigos importunos, apelan por lo general á una jaqueca, á un fuerte dolor de muelas, á un vahido ó á un desmayo repentino, y así salen del paso y sacan partido muchas veces alcanzando por este medio el fin que se proponen.

Pero Rafael era demasiado entendido, para dejarse engañar por su sobrina: así es que no pudo menos de reirse interiormente de la sencillez con que esta habia pretendido disculpar su turbacion. Dejó, sin embargo, de molestarla con nuevas preguntas, conociendo que no hacia mas que mortificarla, y con tres ó cuatro caricias oportunamente prodigadas, consiguió fácilmente restituir á Sofía la tranquilidad y la alegría que momentáneamente habian disipado aquellas reconvenciones.

—Variemos de rumbo, se dijo á sí mismo Rafael: esperemos á que ella misma descubra su corazon: ó mienten todos mis cálculos, ó este caso no puede tardar. ¿Cómo es posible que una muger que ama lo disimule por mucho tiempo?

No se equivocaba Rafael al discurrir de este modo. Pocos minutos habian pasado, y ya Sofía procuraba volver á suscitar la conversacion del viage que por lo visto era lo que mas le preocupaba en aquel momento.

—¿Y cuando será la marcha, querido...

Iba á decir querido tio; pero Rafael le impuso silencio, y apresurándose á responder, le dijo:

—Será probablemente la semana entrante; te aseguro que lo deseo para llegar cuanto antes á nuestro destino, porque ya estoy cansado de ver

pueblos y caras desconocidas. ¿Doode hay mayor tormento qu eviajar? ¡Y viajar en España! que es doble mortificacion. Aburrido me tienen los mayorales, los continuos tropiezos del camino, la escasez de comida en las posadas, los registros inquisitoriales del resguardo, el pasaporte, la policia y otros tantos inconvenientes como se ofrecen á cada paso y que son capaces de hacer perder la paciencia al hombre mas flemático del mundo.

—Pero todo eso, repuso Sofia, sucede fuera de Cádiz: aqui es otra cosa diferente. ¡Este pueblo es tan pacifico! ¡tan hermoso! Dá gusto de vivir en él, y eso que apenas lo he visto todavia. Crea V. que cuando recuerdo á los pueblos de Castilla y los comparo con Cádiz, se me figura que estoy en otro mundo.

—En todas partes cuecen habas como suele decirse, contestó Rafael. Indudablemente hay aqui mas civilizacion, mas cultura que en nuestro pais; pero no por esto son mejores los hombres; ni deja de haber abusos, ni son las costumbres tan puras como tú sin duda te figuras. Esa civilizacion tan decantada ha prevalecido únicamente en la corteza de la sociedad: mas á dentro es donde estan los trabajos. Sucede en esto lo que con ciertas clases de frutas, que por fuera tienen una vista hermosa y el interior está lleno de gusanos.

—Así será, supuesto que V. lo dice, pero al menos es preciso confesar que existen en Cádiz mil objetos de recreo: mil proporciones para pasar agradablemente la vida. Se encuentra ocasion á cada paso para establecer relaciones nuevas de

amistad: no sucede como en los pueblos pequeños donde todos se conocen, todo es monotono, y el dia de hoy es igual enteramente al de ayer y al de mañana.

—Pues aqui me tienes á mi, replicó Rafael con cierta malicia que le era peculiar, aqui me tienes á mi que en medio de tantos elementos de sociabilidad, vivo completamente aislado, y carezco, no asi como quiera de amigos, pero hasta de un mero conocido.

—¡Como asi! repuso Sofia dejando entrever una ligera turbacion. Pues anoche en el teatro no desperdiciaba V. ningun momento para hablar con aquel jóven que tenia á su lado. Si mal no me acuerdo V. le prodigaba todas las atenciones de la amistad. Indudablemente era algo mas que un mero conocido, por lo menos induce á creerlo asi el interes con que V. lo trataba.

—¡Quién! ¡Yo!..... Sin duda te equivocas.

—No señor, no me equivoco. Pues qué! ¿tan falto de memoria es V?

—Como no me des otras señas, te aseguro que no puedo recordar de quien me hablas. Es cierto que tuve conversacion con varias personas, pero todas ellas me eran enteramente desconocidas, y no sé que me fijase particularmente con ninguna.

—Si tal: se fijó V. y bastante, con el jóven consabido. Voy á ver si puedo acordarme de algunas señas. Era alto, color algo trigueño, los ojos y el cabello negro, no mal parecido, segun decian unas señoras que estaban en un palco inmediato al mio. Iba vestido con pantalon blanco, levita negra, chaleco oscuro, corbata de color de ceniza: lleva-

ha guante amarillo, algunas sortijas y.....

—¡Jesus! ¡Jesus! interrumpió Rafael, ¡Qué memoria tan prodigiosa! No sabia yo que llegaba á tal estremo la curiosidad de una muger... Vamos... ya voy recordando especies..... Pero, dime, ¿podrás referir con la misma exactitud como iba yo vestido anoche?

Sofia quedó turbada y confusa al oir esta inesperada pregunta.

—Me parece, dijo tartamudeando, que llevaba V..... un pantalon..... asi..... semejante á..... de un color..... ¡era tan estraño!.....

—Basta, no es menester que me digas mas.

Efectivamente, Rafael sabia ya cuanto deseaba averiguar. Sofia se habia esplicado lo bástante, y contra su voluntad acababa de descubrir claramente sus sentimientos.

Ya no era un secreto la predileccion con que habia mirado á Eduardo: los dos jóvenes se habian comprendido sin duda, y el amor dominaba ya en sus corazones.

Afortunadamente para Sofia entró en esto su padre, y fué forzoso interrumpir la conversacion.

Don Braulio (que tal era el nombre postizo de Jacobo) tenia con Rafael todas las consideraciones y deferencias que su carácter permitia, deferencias y consideraciones que, como puede suponerse, iban dirigidas, mas bien al caudal de Eugenio, que á la persona de Rafael. Asi es que siempre procuraba conservar con este la mejor armonia y aun le pedia consejos frecuentemente sobre todos sus negocios; reservandose, sin embargo, el derecho de obrar despues á su antojo y del modo que mas conviniese a sus intereses.

—He pensado, le dijo despues de hablar largo rato sobre varios asuntos particulares, que permanezcamos en Cádiz algun tiempo. Sofía me lo ha suplicado esta mañana, y por ahora no me cuesta trabajo complacerla. Vengo de tomar todas mis medidas para que ningun mal pueda resultarnos de dilatar aquí nuestra permanencia. Todo lo dejo arreglado y nada tenemos que temer. El dinero hace milagros, y yo sé prodigarlo cuando la ocasion lo requiere. Tengo mis motivos, añadió hablando al oido con Rafael, para preparar las cosas de modo que el casamiento de mi hija se verifique por poder: no quiero que los novios se vean hasta que puedan darse el título de esposos. Seré mas esplícito cuando estemos solos.

—Me habias manifestado, dijo Rafael desentendiéndose de las indicaciones reservadas de su cuñado, que pensabas retratar á tu hija.

—Y asi es en efecto antes: lo pensaba, pero ahora lo tengo ya decidido: es necesario remitir á Julio el retrato de su futura esposa. Aun cuando él no me lo ha pedido, á mi me parece justo hacerle este obsequio.

—Pues yo voy á presentarte un buen retratista, y estoy seguro que sabrá dejarnos complacidos. Supongo que no tendrás en ello inconveniente.

Don Braulio suscribió de buen grado á esta propuesta: la conversacion de los dos cuñados giró despues sobre asuntos indiferentes: Sofía entretenida en su labor no tomaba parte en ella; pero bien demostraba su semblante que la ocupaban cabilaciones muy serias. Rafael se despidió por fin satisfecho en parte de haber realizado sus intenciones

—Buen tormenta nos amenaza, se decia á sí propio, cuando iba bajando las escaleras, pero el interes de mi sobrina es primero que todo. Allá veremos como salgo de este laberinto: la madeja se vá enredando, y no poco; sin embargo, yo cuidaré de no soltar el cabo, y cueste lo que costare, he de vencer la dificultad.

CAPITULO V.

UNA PROPOSICION ACEPTADA.

La posicion de Rafael era crítica y delicada. Apoyar las pretensiones interesadas de su cuñado, era lo mismo que contribuir á la desgracia de Sofía, la cual no podia sentir hácia Julio un amor verdadero, toda vez que la vista de Eduardo habia causado en su corazon impresiones tan vivas como las que daban á entender sus acciones, su semblante y sus palabras.

Era de temer que Eduardo no dejase de asediarla con las exigencias de su ya conocido cariño: era de temer que presentándose á su amante con el ascendiente que le daban su hermosura per-

sonal y la bondad y honradez de su carácter, no pudiese Sofía resistir á tantos atractivos ni dejar de ceder á sus propias inclinaciones, por muy sagrados que fuesen para ella los preceptos y la voluntad terminante de su padre.

Si compelida por el temor, ó dominada por el cariño filial, se decidia por fin á dar á Julio la mano de esposa, las consecuencias podian ser fatales, porque los matrimonios en que solo intervienen consideraciones de esta especie, tienen por lo regular un trágico resultado, que Rafael preveia con horror, y que debia evitar á toda costa, interesado como estaba en la felicidad de su sobrina y en la del hijo de Eugenio su protector.

Impedir á Sofía y á Eduardo que se viesen era un recurso insuficiente y sobre insuficiente perjudicial, porque ya se sabe que el amor, en lugar de contenerse cuando tales obstáculos se le presentan, suele traspasar sus justos límites á medida que estos obstáculos parecen mas insuperables.

Por otra parte, el amor de Eduardo y Sofía ofrecia tambien riesgos y peligros de consideracion. ¿Como vencer la necesaria repugnancia de D. Braulio, que no podria menos de oponerse con todas sus fuerzas á unas relaciones tan contrarias al fin que se proponia? ¿Cómo hacerle consentir en que su hija trocase la mano del heredero de una fortuna inmensa por la de un simple retratista? Inútil era pensar en ninguna clase de esplicaciones sobre este asunto con un hombre como el padre de Sofía. Disgustos graves de familia, un rompimiento seguro entre D. Braulio y Rafael, desaire para Eduardo, y malos tratamientos para su

amante, he aqui lo que debia esperarse en el momento que fuesen conocidas las simpatías de los dos jóvenes.

—Pero entre dos males de consideracion, decia Rafael, la razon aconseja que debe escogerse el menos funesto. Si mi sobrina ama á Eduardo, es imposible, jamas le consentiré, que llegue á consumarse su casamiento con Julio. Esta seria una calamidad para las dos familias, una calamidad de que me pediria estrecha cuenta Eugenio, y que atormentaria todos los dias de mi vida. La sombra de mi buena hermana estaria siempre delante de mi acusándome de indolente y de ingrato, y haciéndome conocer la enormidad de mi falta. ¡Oh! No quiera Dios que pesen sobre mi conciencia remordimientos tan crueles. Antes que todo es el porvenir de Sofia. Preciso es que Eduardo la vea, que le hable, que los dos jóvenes se entiendan. Si estas dos almas se unen, tendremos paciencia, y Julio me agradecerá sin duda que le haya robado una felicidad tan incierta como la que puede proporcionar una muger que al dar la mano á su marido, no le dá igualmente su corazon.

Tales eran las reflexiones de que iba ocupado Rafael al salir de la casa del supuesto D. Braulio. Su distraccion era tal, que no le permitió parar por lo pronto la atencion en un jóven elegantemente vestido, pero triste y macilento, que fijo como una estatua en la inmediata esquina, tenia clavados los ojos en el cierro de cristales donde estaba Sofia, la cual aunque continuaba entretenida en su labor, no dejaba por eso de cor-

responder á las miradas de aquel jóven, haciéndolo sin embargo con poca frecuencia, y aprovechando siempre una ocasion en que pudieran parecer efecto de casualidad sus demostraciones, cuando segun la alteracion mal disimulada de su semblante, eran nacidas de una verdadera simpatia que débilmente estaba comprimida por esa modestia tan natural en el bello sexo que ciertamente constituye uno de sus mas bellos atractivos.

Hallábase ya Rafael á punto de tropezar con el susodicho jóven, cuando deteniéndose un poco y dando treguas á sus cabilaciones, fijóse en él un momento y reconoció con sorpresa á su amigo Eduardo en la misma actitud en que lo viera la noche antes, aunque mas abatido y preocupado de lo que entonces estaba.

Antes de saludar á su amigo, volvió la cara Rafael, y al observar á Sofia en el cierro de cristales, no pudo menos de hacer un gesto de resignacion como si quisiera decir.—Ya esto no tiene remedio: el mal está hecho; procuremos atenuar sus consecuencias.

—¿Qué hace V. aqui? le preguntò Rafael en ademan de reconvenirle por su indiscrecion.

—Ni yo mismo lo sé amigo mio, contestó Eduardo; estoy hechando leña á la hoguera que ha de consumirme ¡Quiera Dios que yo solo perezca en ella!

Pronunciaba estas palabras con un tono tan sentimental, y era tan profunda la agitacion que se le advertía, que Rafael no pudo menos de conmoverse, y apretándole la mano con entusiasmo

—No se aflija V, le dijo: el hombre no debe

nunca sobrecojerse en tales términos. Tenga V. ánimo para batallar con la suerte, que así es como se vencen las grandes dificultades y como se sobrellevan los mayores infortunios.

—¡Ay Rafael! V. me ha cerrado las puertas y la esperanza. ¿Como es posible que yo alimente ningun género de ilusiones cuando un mundo de inconvenientes me separa de Sofía? Ella no puede amarme; V. me lo ha dicho: ella que ha puesto en movimiento todos los efectos de mi alma: ella que me roba la paz y el sosiego, que pone en convulsion todos mis sentidos, y que ahora, en este momento, acaba de traspasar con sus miradas mi corazon.

—Estoy observando, repuso Rafael, que las ideas de V. progresan admirablemente. Anoche no le inspiraba Sofía sino un afecto pasagero. Si fijaba V. los ojos en ella, si despues le rondaba la casa, mas bien que por cariño, era por pura diversion ó entretenimiento: esto, como digo, sucedia no hace veinte y cuatro horas. Ya esta mañana el entretenimiento y la diversion se habian convertido en un amor verdadero; y ahora no es solo amor, sino que segun se esplica V. está dominado por una pasion formal. ¿Adonde va V. á parar á este paso? ¿Qué es lo que guarda para mañana?

—¿Para mañana? ¡Ay amigo! Para mañana guardo la desesperacion.

—Vea V. lo que es dejarse llevar por ideas exageradas. Mientras V. está dando pábulo á esos tristes presentimientos, yo tengo la confianza de que va á disfrutar mañana momentos de satisfaccion.

—¡Satisfaccion! interrumpió vivamente Eduardo. ¡Imposible Rafael! No me nombre V. esa palabra. Para mi se ha borrado ya del diccionario.

—Eso consistirá en que el diccionario de los amantes es algo inexacto para dar significado á las palabras; pero ¿cuanto apostamos á que la desesperacion que V. vaticina, se ha trocado antes de mucho en alegria.

—¿Y como ha de ser eso cuando V. sabe mi posicion? ¡Oh! Si algo tiene V. que decirme que pueda mitigar los tormentos de que soy víctima, sépalo yo cuanto antes: no dilate V. un momento el ponerlo en mi noticia: se lo pido encarecidamente: se lo ruego con ansias tan vivas como las que puede esperimentar un sediento á quien se le ofrece un poco de agua para humedecer las fauces.

—No es este el lugar oportuno para proseguir nuestra conversacion repuso Rafael. Si el padre de Sofia lo viese á V. en este sitio, y llegase á sospechar el motivo que á él lo ha traido, Sofia y V. tendrian bastante que sentir. Es necesario mucho disimulo y que frecuente V. estas inmediaciones lo menos que le sea posible.

Apesar de este prudente consejo, no hubiera sido fácil arrancar á Eduardo de la esquina en que estaba como clavado, á no haber desaparecido Sofia del cierro de cristales mientras los dos amigos hablaban, temerosa sin duda de llamar la atencion de Rafael, á quien ya juzgaba advertido de sus sentimientos por la conversacion que acababa de tener con él.

Privado Eduardo de la vista de su amada, y de-

seando saber cuanto antes el orígen que pudieran tener las esperanzas que le daba su amigo, decidióse por fin á desprenderse de aquel lugar que tantos encantos le ofrecia, y marchóse acompañado de Rafael, no sin volver atras la cara varias veces para contemplar de lejos la casa de Sofia.

Apenas hubo llegado Eduardo á la suya, cuando se apresuró á exigir de su amigo la esplicacion que acababa de prometerle. Sus ojos brillaban ya con alguna mas alegria y sus mejillas estaban menos descoloridas. Conociase que un rayo de esperanza habia penetrado en su corazon.

—Voy á complacer á V. le dijo Rafael, ó mejor dicho, voy á consultarle una idea que me ha sugerido el interes que me tomo por V. Antes de ahora me parece haberle dicho que Sofia no puede amar á V: dije mal entonces y lo confieso francamente: Sofia puede, pero no debe disponer de su corazon. Esta es la verdad, y es tambien un secreto que á mi no me pertenece; un secreto que por ahora estoy imposibilitado de revelar. Espero que V. lo respetará y que no querrá comprometerme á que se lo descubra. En mi lugar obraria V. del mismo modo, y yo aplaudiria su reserva, porque el hombre que por complacer á un amigo se atreve á vender las confianzas agenas, conoce muy poco los deberes de la amistad y dá de si mismo una idea desfavorable que por mi parte estoy muy lejos de ambicionar.

Con este razonamiento procuraba Rafael tapar á Eduardo la boca para que no insistiese en sus exigencias. Hubiera sido en él una indiscrecion

que careceria de disculpa, revelar á un amigo de fecha tan reciente el compromiso de su sobrina con Julio, mayormente cuando este compromiso estaba ligado hasta cierto punto con la posicion delicada en que habia colocado á esta familia la necesidad de darse á conocer en Cádiz con nombres supuestos. Era tal la circunspeccion de Rafael respecto á este punto, que hasta en las conversaciones mas familiares habia adoptado la costumbre de dar á Jacobo y á Joaquina los nombres postizos de Braulio y Sofia á fin de no recordar para nada los verdaderos.

Hecha aquella salvedad continuó Rafael de este modo.

—Dejando aparte, amigo mio, ese secreto que V. quisiera averiguar y que no puedo descubrirle, yo deseo sinceramente hacer en obsequio de V. cuanto me sea posible, aunque á la verdad no dejo de conocer que es poco honrosa y apetecible la mision que echo sobre mis hombros. Es natural que V. quiera ver y hablar á Sofia: dejaria de amarla si asi no fuese; pero D. Braulio es enemigo de visitas: no gusta mucho del trato, y menos le agrada todavia que sean jóvenes los que frecuenten su casa. Para vencer este inconveniente, no hallo mas que un medio, ¿Seria V. capaz de retratar á Sofia?

—¡Me pregunta V. que si seria capaz! Sin necesidad de verla otra vez, podria bosquejar aqui mismo aquel rostro angelical.

—Yo no exijo tanto, ni á V. le convendria tampoco que fuese admitida su proposicion. Se trata de otra cosa mas agradable para V. se trata de

que yo lo presente en casa de D. Braulio como un artista á quien he buscado con objeto de que haga el retrato de Sofia. ¿Qué mejor proporcion que esta, para que pueda V. hablar con ella y manifestarle sus sentimientos? Si V. acepta la idea, mañana mismo la pondremos por obra.

Eduardo quedó pensativo y no respondió una palabra.

—¿Qué es eso? le interrogó Rafael. No esperaba yo que con esa frialdad hubiese V. escuchado mi proposicion.

—¡Con frialdad! No por cierto. Agradezco en todo su valor el interes que merezco á V. Pero ¿cuáles son los auspicios con que voy á presentarme á los ojos de Sofia? Un artista desconocido, sin importancia en la sociedad, sin bienes de fortuna, sin méritos que por ningun concepto lo recomienden..... ¡Ah! ¿No es esto bastante para que Sofia me mire con desden? ¿Qué esperanzas puedo prometerme cuando es tan triste mi posicion?

—Pues bien, haga V. lo que guste, contestó secamente Rafael á quien no dejó de disgustar en aquel momento el carácter descontentadizo de su amigo.

—¡Oh! No acreciente V. mis penas con un resentimiento á que no me considero acreedor. Compadezcame V. mi querido amigo; y de todos modos, sean cuales fueren las consecuencias, yo admito desde luego su generoso ofrecimiento. Iré á casa de Sofia, la veré, admiraré sus perfecciones, escucharé el dulce metal de su voz, sabrá que la amo, que no puedo vivir sin ella: me arrojaré á sus pies implorando compasion, y acaso deeste mo-

do podré aplicar algun lenitivo á este fuego intenso que me devora.

—Poco á poco amigo mio, no corra V. tanto que puede tropezar y caerse. Para ir á ver á Sofia es necesaria mucha prudencia, mucho disimulo, porque precisa que su padre no sospeche siquiera la nelinacion de V. En el momento que algo comprenda está perdido todo mi trabajo. Por la misma razon debe V. abstenerse, como le he dicho antes, de frecuentar las inmediaciones de la casa donde vive D. Braulio. Oiga V. mis consejos y déjese llevar por ellos. Yo cuidaré de marcarle el camino que puede conducirle á puerto de salvamento: no aseguraré que consiga V. alcanzarlo; pero si le respondo de poner los medios, y de que fuera de los que yo le indique, no hay mas que precipicios para V. y desgracias sin cuento para la jòven á quien ha dedicado su cariño.

Eduardo estrechó entre sus brazos á Rafael, dejando asomar á sus ojos una lágrima de gratitud. La felicidad que esperaba gozar en el dia siguiente habia reanimado algun tanto sus fuezas, pero la incertidumbre y el temor continuaban trabajando su espíritu.

La desconfianza va siempre al lado del amor: son dos gemelos que creen en igual proporcion y que siempre se encuentran à la misma altura. Eduardo desconfiaba por consiguiente en un exeso semejante al de su cariño, y esta lucha terrible entre el temor y el deseo ,era el motivo principal de sus cabilaciones y padecimientos. Asemejábase algo su incertidumbre á la cruel ansiedad con que un reo que está en capilla aguarda el momento en

que le den la noticia de su indulto, ó se presente el verdugo para terminar su existencia.

Tales eran los progresos que habia hecho en aquel jóven digno de lástima, el amor que Sofia le inspirára. Era mas que amor lo que le arrastraba hácia ella: era una pasion violenta que no se creia capaz de resistir. ¿Cómo en el corto tiempo de veinte y cuatro horas habian podido dominar en el corazon de Eduardo unos afectos tan vivos é impetuosos? Quien sepa lo que es el amor en la época mas ardiente de la juventud: quien haya esperimentado alguna vez el inesplicable tormento de un alma que se ve combatida en sus mas veementes sentimientos por obstáculos y contrariedades invencibles: quien sea capaz de comprender esa inquietud sobrenatural que se apodera del corazon del hombre cuando el objeto que ama se ofrece á su consideracion en una posicion para él inaxesible, no estrañará ciertamente la velocidad con que atravesaba Eduardo la escabrosa senda por donde le conducian sus propias inclinaciones. El iba corriendo tras de una dicha que veia cada vez mas lejana: el deseo de alcanzarla lo precipitaba insensiblemente en su carrera: fatigábase en vano, y el fruto de esta fatiga no podia ser otro que el cansancio de su espíritu y la pérdida de su tranquilidad.

Los dos amigos se separaron, por fin, despidiéndose para el siguiente dia en que habia de tener lugar la entrevista con Sofia. Rafael temblaba por las consecuencias que la tal entrevista pudiera producir; pero ya no era tiempo de retroceder: era preciso arrostrar con valor y perseverancia los pe-

ligros de su resolucion. Eduardo temblaba tambien, y en verdad que no le faltaban motivos bastante fundados para alimentar sus recelos. Sus presentimientos eran tristes, sus esperanzas puede decirse que ningunas, y sin embargo tampoco podía retroceder. Sucediale en esta parte lo mismo que á Rafael si bien con la diferencia de que este iba compelido por sus deberes de famila, y aquel se veia precipitado por el ciego empuge de su pasion.

—Venga V. temprano, amigo mio, dijo Eduardo al despedirse apretando la mano de Rafael.

—No faltaré, contestó este; pero cuidado con mis encargos. Prohibo á V. espresamente el pasar por la casa de Sofia.

—Bien, este será un nuevo sacrificio: pero yo lo complaceré á V.

—A dios Eduardo: prepárese V. para hacer mañana *un retrato.*

CAPITULO VI.

LA PRIMERA VISITA.

MIENTRAS Rafael y Eduardo se envolvian cada vez mas en las complicaciones del drama á que iban dando lugar los amores de este último, no era tampoco lisongera la situacion de Sofía.

Educada esta jóven bajo la influencia de unas ideas tan esclusivas como las que su padre sustentaba: privada absolutamente de toda clase de relaciones, y no teniendo otra esperiencia del mundo, que la que podian proporcionarle los consejos de su tio, y las observaciones que á sí misma se hacia ayudada por un talento natural pe-

ro inculto y desconocido como lo es generalmente en las mugeres á la edad de 18 años, ella no sabia del amor sino lo que habia leido en las novelas: encerrada toda su vida en un pueblo pequeño, habiánle faltado por necesidad adoradores que estubiesen al nivel de su posicion y de su rango, y aun cuando no carecia de la penetracion y sensibilidad necesaria para comprender lo que era en si aquel sentimiento, hallábase en el caso de no conocer prácticamente la influencia poderosa que ejerce en la juventud.

Desde que Sofia tuvo edad para discurrir y raciocinar, le fué inculcado por sus padres el deber en que se hallaba de dar á Julio la mano de esposa que solemnemente habian prometido cuando Eugenio se ausentó de España. Ninguna repugnancia puso ella entonces á este compromiso, ya porque estaba acostumbrada á respetar ciegamente la voluntad y los preceptos de los que le habian dado el ser, y ya porque su misma inocencia le impedia descubrir á lo lejos los inconvenientes de un enlace en que no se interesaba el corazon.

Julio por su parte habia tambien permanecido fiel á la palabra empeñada por Eugenio. Frecuentemente escribia á Sofia y siempre le hablaba en el concepto de reunirse con ella lo mas pronto que le fuese posible: siempre llenaba sus cartas de espresiones cariñosas y de protestas de un amor consecuente y eterno; pero en medio de todo, notaba Sofia un vacio en su alma que no bastaban á llenar las épistolas amatorias de su amante.

Cuando la casualidad ponia en sus manos al-

gun libro donde con vivos colores estaba la idea del amor esplicada y desenvuelta, quedaba al instante cabilosa y pensativa y concluia generalmente por decirse á si misma.—Este amor no es el que yo esperimento: esta ansiedad me es enteramente desconocida. ¿Será puramente ideal cuanto dicen los libros? ¿O estaré yo animada de un temple de alma diferente que los demas?

Tales eran las dudas que á cada paso la asaltaban y de las cuales casi nunca podia darse una exacta esplicacion; pero llegó el momento de ver á Eduardo y ya entonces sus dudas se trocaron en realidades: ya pudo conocer con evidencia cuales eran las verdaderas causas del vacio que advertia en su corazon.

Las apasionadas miradas del jóven forastero, produgeron en ella una emocion que hasta entonces no habia esperimentado. Figurábase que los ojos de aquel jóven despedian un fuego abrasador segun era viva la llama que en su pecho sentia, y al recordar que la memoria de Julio no habia sido nunca bastante para inspirarle iguales sentimientos, no pudo menos de reconocer que el amor verdadero estaba ya en pugna con su forzado compromiso, y que para ser fiel á este, necesitaba sacrificar el primero y renunciar para siempre á toda esperanza de felicidad.

Escusado es decir que á Sofia no se le pasó por alto ninguna de las demostraciones que hizo Eduardo para significarle el interés con que la miraba. Nunca es tan profunda la penetracion de una muger como cuando quiere estudiar en el semblante y en las acciones del hombre que la de-

dica sus obsequios, el estado real y verdadero de su corazon. Asi es que no le costó mucho trabajo convencerse de que era querida, y este convencimiento á la vez que lisongeaba su amor propio, le daba motivo para formar las ilusiones mas gratas y deliciosas.

Sin embargo, Sofia reflexionaba en sus relaciones con Julio, y sentíase acometida de un temblor violento al considerar que no podia desprenderse de ellas, sin revelarse contra la voluntad de su padre, sin faltar á su palabra empeñada, y sin echar sobre si el feo borron de la inconsecuencia.

—No hay remedio, decia, es preciso que yo resista á esta inclinacion desacertada: es indispensable que el deber tenga sobre mí mas fuerza que el amor. Pero al propio tiempo que asi discurria, no desperdiciaba ocasion ninguna de cuantas se le presentaban para ver al jóven desconocido. Apresuróse, como hemos visto antes, á pedir á su padre que retardase la marcha á Gibraltar: asistia mas que nunca al cierro de cristales, y cuando Eduardo desde la esquina inmediata empleaba el espresivo y mudo lenguage de los ojos para damostrarle los estremos de un amor respetuoso,

—¿A quien ofendo yo, se preguntaba, permaneciendo en este sitio? ¿Es por ventura algun delito que una jóven quiera ver al hombre que verdaderamente la ama? ¿Puedo hacer mas en obsequio de Julio que limitar á esto solo mis deseos?

La pobre Sofia ignoraba que aquellas miradas inocentes eran la ligera ventolina que anunciaba

la tempestad. Sin comprenderlo, estaba bebiendo el veneno que podia con el tiempo devorarla.

En la tarde del mismo dia en que Rafael habia orprendido y descubierto la inclinacion de su sobrina, ella no se separó un momento del cierro de cristales. Consideraba ya como una necesidad el ver á Eduardo, y sus ojos estaban fijos en la esquina donde este habia permanecido largo rato aquella mañana.

Sus esperanzas quedaron, sin embargo, desfraudadas porque Eduardo no volvió á parecer. Mil reflexiones á cuan mas tristes acometieron entonces á Sofia. Pasó una noche cruel en que apenas pudo dormir: La imágen de su jóven amante se ofrecia continuamente á su imaginacion: representábasele la idea de su inconsecuencia, y concluia por acusarse de haber dado demasiada importancia á un hombre á quien ni siquiera conocia.

—Yo tengo la culpa, decía procurando enjugar las lágrimas que mojaban su hermoso rostro. Mañana me vengaré de ese ingrato: él no ha querido verme esta tarde; pero yo le ofrezco que no me verá ya nunca.

¡Vanos propósitos de un amor ofendido! Apesar de ellos, Sofia hizo en el dia siguiente lo mismo que habia hecho en el anterior: aguardar á Eduardo y desesperarse con su tardanza. Eran las doce y aun no se descubria en toda la calle. ¿Cual podia ser la causa? ¿Estaria fuera de Cádiz? ¿Se habria marchado para no volver jamas? Estas y otras dudas semejantes atormentaban á la desconsolada jóven, que no dejó tampoco de pensar con sentimiento en la posibilidad de que Rafael hubiese

BIBLIOTECA Granada

desengañado á su amigo haciéndole conocer el compromiso que la ligaba con Julio, y aconsejádole que desistiese por tanto de sus pretensiones.

Hallábase ocupada Sofía de todas estas ideas, cuando divisando dos hombres que venian todavia á bastante distancia, fijó en ellos la atencion y con un placer inesplicable que faltó poco para que le arrancase un grito de alegria, reconoció en el momento á su jóven y desconocido amante, igualmente que á Rafael con quien venia acompañado.

Esta última circunstancia no dejó de disgustarla porque el temor de dar fundamento á las sospechas de su tio, la obligaba á retirarse del cierro de cristales donde habria forzosamente de ser objeto de las miradas mal disimuladas de Eduardo.

Algunos minutos despues anunció la campanilla del portoa la visita diaria de Rafael. Sofía le apresuró para ir á recibirlo como tenia por costumbre, pero ¿cuál seria su sorpresa cuando vió entrar con su tio al mismo jóven que tantas y tan nuevas impresiones habia causado en su corazon?

Fué tal su turbacion, que no tuvo ánimo siquiera para contestar al atento saludo de Eduardo. La lengua se le anudó de modo que quedó muda y parada como una estatua sin poder proferir una palabra.

Rafael procuró disculpar la turbacion de Sofía de la mejor manera posible, y luego que la hubo animado algun tanto, le esplicó sucintamente el motivo de aquella visita que era para ella tan impensada como sorprendente.

—Este caballero, dijo dirigiéndose á su sobrina,

es un amigo que nos hace el obsequio de retrataros. He tomado la venia de D. Braulio para presentarlo con este objeto.

Sofia comprendió en el cumplimiento con que la trataba su tio que Eduardo no era sabedor de tal parentesco, y esto mismo se lo dió á entender una seña que aquel le hizo oportunamente como si quisiese indicarle con ella que debia tener mucha prudencia para no descubrir el secreto de su posicion y de su nombre.

No eran necesarias estas advertencias para que Sofia observase en aquel caso la debida circunspeccion. Lo mismo ella que Eduardo estaban imposibilitados de esplicarse en ningun sentido: el amor absorvia todas sus facultades, y mientras las miradas espresivas del uno, demostraban evidentemente toda la estension del fuego que estaba concentrado en su corazon, el semblante alterado de la otra daba indicios seguros de la impresion estraordinaria que le habia producido la inesperada visita de su amante, impresion que vanamente se empeñaba en disimular, porque el encendido color de sus megillas y el entorpecimiento de todos sus miembros eran pruebas tan inequivocas que no podia ella recusarlas.

Esta escena muda y significativa se hubiera prolongado algun tiempo mas, á no haber sido interrumpida por D. Braulio que saliendo de su cuarto vino espresamente á saladar al jóven forastero.

Eduardo hizo entonces un esfuerzo, para mostrarse indiferente á los encantos de su amada, con el fin de no dar motivo á ningun genero de sospechas.

—¿Conque es V. señor mio, dijo D. Braulio dirigiéndole la palabra, quien ha de hacer el retrato de mi hija?

—Servidor de V., contestó Eduardo haciendo al mismo tiempo un respetuoso saludo.

—Muy bien, yo espero que nos dejará V. contentos en cuanto al buen desempeño de la obra. Mi objeto es tener un fiel traslado de las facciones de Sofia. Los hijos cuando llegan á cierta edad y toman estado, tienen por precision que separarse de sus padres, y siempre es grato conservar siquiera una semejanza de su rostro para que sirva de memoria.

Eduardo se estremeció al oir estas palabras, y su turbacion se comunicó tambien á Sofia que no pudo menos de afectarse tristemente al escucharlas. D. Braulio lo advirtió, pero afortunadamente no comprendió la verdadera causa del disgusto de su hija.

—¡Diantre de sensibilidad! dijo; estas jóvenes del dia siempre han de estar con el pañuelo en los ojos. Muchas lágrimas cuando se les habla de separarse de sus padres, y mientras tanto se estan encomendando á todos los santos para que llegue el momento cuanto antes.

—¡Oh! No diga V. eso papá, esclamó Sofia interrumpiéndole. ¿Piensa V. que no seria sincero mi sentimiento si me viese algun dia en la necesidad de separarme de su lado? Afortunadamente no estamos en este caso.

Al pronunciar estas últimas frases, Sofia dirigió á Eduardo entre avergonzada y temerosa una mirada de inteligencia como si quisiera darle á

entender que no tenian fundamento las palabras de su padre.

Aquella mirada tranquilizó en cierto modo á Eduardo que segun puede inferirse no dejó de contestar á ella con otras miradas en que iban significadas las emociones vivísimas de su alma.

—Pero hablemos de lo que interesa, continuó despues D. Braulio encarándose con el jóven Eduardo. V. vá á retratar á mi hija, y es necesario que yo sepa cuál es el precio de su trabajo.

Frio como un mármol quedó el pobre jóven al oir esta inoportuna pregunta. Era para él la mayor de las humillaciones haber de fijar un valor miserable á una ocupacion tan grata como la de retratar á su amante. Sorprendido y ruborizado, no sabia de que modo contestar á aquella ridícula interpelacion; pero Rafael vino en su auxilio haciéndo ver á D. Braulio que Eduardo era su amigo y no debia ser tratado en esta parte como una persona desconocida.

—Yo me entenderé con él, añadió, y es escusado que se hable aquí de este particular.

—No señor, no es escusado, replicó con aspereza D. Braulio. A mi me gusta en estas cosas la franqueza. Se trata de un hombre que vive de su trabajo; yo necesito saber lo que he de pagarle; no quiero despues contestaciones ni trabacuentas. Ya se vé, como Vds. no han de dar el dinero, ¿qué les importa que cueste treinta pesos lo que podia hacerse por la mitad?

—Veo, caballero, repuso Eduardo con dignidad, que V. no me conoce. Solamente por esta con-

sideracion puedo avenirme á escucharlo en silencio.

—¡Ba! ¡ba! ¡ba! ¡Orgullo tenemos! murmuró entre dientes D. Braulio. Pues no faltaba otra cosa! ¡Estaria bien que no tubiese yo derecho para ajustar como libra de peras si fuese preciso un trabajo cuyo precio he de desembolsar!

=Pero cuando se trata de un amigo, dijo Rafael, es preciso tener ciertas consideraciones.....

=No hay consideraciones, ni amistad, ni nada en el mundo, cuando está de por medio el dinero en poca ó mucha cantidad. ¿A qué hemos de engañarnos? Ese caballero viene á mi casa porque le resulta una utilidad de venir: yo lo recibo por la misma razon, y si no existiese esta utilidad, ni él se hubiera acordado nunca de mi, yo me hubiera acordado jamas de él. Esta es la verdad en plata. lo demas son subterfugios, cumplimientos, y mentiras con que los hombres se engañan unos á otros. Yo no soy de los engañados ni de los que engañan: yo estoy firmemente persuadido de que todos esos sentimientos ideales que Vds. hacen intervenir en las acciones humanas, son una pura quimera. El interés es el ídolo que los hombres adoran sobre la tierra. Los mas insignificantes pasos que damos son siempre dirigidos por nuestra propia utilidad y conveniencia.

—¡Oh! segun eso, replicó con sorna Eduardo á quien ya le iba siendo imposible contenerse, es V. un aprovechado discípulo de la escuela utiliaria.

—Yo, señor mio, soy discípulo de mi mismo y nada mas. Dejémonos de palabras epigramáti-

cas, porque si empiezo yo á contestarle con epigramas, aseguro á V. desde luego que no ha de quedar muy complacido.

Rafael y Sofia mediaron en esta cuestion que se iba encrespando demasiado, y gracias á sus esfuerzos, no tuvo mas consecuencias por el momento. Quedó señalado el dia siguiente para comenzar el retrato de Sofia, y Eduardo se retiró volviendo la cara atras como si todavia le persiguiese la sombra de Don Braulio con su estúpida ranqueza. Demas está decir que antes de marchar fijó los ojos en Sofia con tal espresion y entusiasmo, que no parecia sino que hablaba con ellos y que en la exaltacion de sus sentimientos le decia.—Ahi te queda mi corazon.

—¿Que os parece Sofia? preguntó Rafael á Eduardo cuando ya estaban en la calle.

—¡Ay amigo! Me parece hermosa, encantadora me parece un angel bajado del Cielo para hacer feliz al mortal afortunado que consiga merecer las simpatias de su alma.

—Y de D, Braulio ¿que me dice V?

—D. Braulio!... ¡D. Braulio!... Ni oirlo nombrar quiero. D. Braulio es el reverso de la medalla, es el antípoda de Sofia, es un hombre original y estrambótico. Mentira parece que tal hija pueda tener tal padre.

—Pues tenga V. desde ahora entendido que es preciso conquistar al padre para merecer á la hija.

—Imposible, Rafael!

—No hay mas remedio: Sofia no puede amar á V. sino con la conformidad de D. Braulio.

—¡Sofia! esclamó Eduardo volviendo la cara hácia el cierro de cristales donde ya estaba su amante, bella y encantadora Sofia! ¡Cuantos males nos amenazan!

CAPITULO VII.

LA DECLARACION.

Al dia siguiente comenzó por fin Eduardo la grata tarea que se habia impuesto, y otros cinco dias mas transcurrieron sin que ningun suceso particular hubiese turbado la felicidad que disfrutaba al lado de su amante.

El amor habia ido mientras tanto echando raices en aquellas dos almas identificadas por unos mismos sentimientos. Ni Eduardo lo disimulaba, ni Sofia, por mas que procuraba vencerse, podia ya resistir al impulso violento de su inclinacion.

Ambos jóvenes se correspondian de hecho en sus acciones y en la alteracion contínua de sus sem-

blantes; mas sin embargo, ninguna esplicacion habia existido entre ellos que fuera bastante á constituir un compromiso formal. Sea que la presencia de D. Braulio ó de Rafael imposibilitase á Eduardo de hacer á Sofia una declaracion terminante de sus amorosos afectos, sea que el temor le atase la lengua cuando mas dispuesto se hallaba á descubrir el estado de su corazon, ello es que ni una palabra habia salido de sus labios que indicase el deseo de contraer con Sofia las relaciones que naturalmente debia producir el vehemente cariño de los dos amantes.

Momentos habia en que el pincel temblaba en la mano de Eduardo y no acertaba á delinear en el marfil las gracias seductoras del rostro angelical de Sofia. Sucedíale tambien con frecuencia que enagenado su razon en un éxtasis delicioso y no cuidándose siquiera de la obra que entre manos tenia, la emborronaba maquinalmente, é inutilizaba en un instante el trabajo de una mañana, viéndose precisado á comenzarlo de nuevo para volver despues á incurrir en los mismos descuidos, dimanados sin duda de la distraccion que causaban en él sus ocultas reflexiones. Mal podia el enamorado jóven fijar mucho tiempo la atencion en el buen desempeño de la copia, cuando le faltaba tiempo para contemplar embelesado las bellezas del original.

Eduardo habia aprovechado los pocos intérvalos en que le era posible hablar á solas con su amante, para ver de inquirir el secreto indicado varias veces por Rafael; pero sus sagaces investigaciones no produgeron ningun resultado. Sofia se encerró en la mas absoluta negativa, ya porque

asi se lo prescribian las órdenes terminantes de su padre y de su tio, y ya tambien porque era muy natural en su situacion que quisiese ocultar á Eduardo el compromiso que la ligaba con Julio.

Fueron tantas sus seguridades respecto á este particular, que Eduardo empezaba ya á desechar aquellas sospechas que le habian hecho concebir las preñadas y enigmáticas palabras de su amigo.

No debia quedarle duda, si daba crédito á lo que habia oido al mismo D. Braulio, de que el retrato que estaba haciendo tenia un destino inocente: por lo menos podia con razon alimentar la confianza de que no iba á servir para solaz y recreo de algun amante afortunado; y á no mentir las reiteradas protestas de Sofia, debia tambien pensar que el corazon de esta jóven estaba libre enteramente de todas relaciones amorosas.

Pero entonces ¿qué fundamento tenian las embozadas revelaciones que en opuesto sentido le habia hecho Rafael? ¿Qué clase de motivos habian movido à este para presentar á Sofia en una situacion inaccesible á los deseos de Eduardo? ¿Por qué se habia interesado al mismo tiempo en que los dos jóvenes se viesen y se hablasen, avivando de este modo en sus pechos el fuego de un amor que suponia rodeado de imposibles?

Todas estas reflexiones vagaban continuamente por lo cabeza de Eduardo que no acertaba á fijarse en ninguna, ni á comprender la verdadera causa de tan estrañas contradicciones.

Algunas miradas de inteligencia que de cuando en cuando notaba entre Rafael y Sofia, habian aumentado tambien sus dudas y desconcertado en

cierto modo sus ideas, de manera que por mas que buscaba una brújula que lo guiase por aquel mar de confusiones, cada vez le era mas difícil descorrer el velo que ocultaba á sus ojos la verdad de tales misterios.

—¿Me habrá engañado Rafael? decia algunas veces ¿Amará ocultamente á Sofia? ¿Estará correspondido por ella? Estas crueles sospechas se disipaban al momento, y luego volvian á renacer, y tornaban á disiparse, y así entre uno y otro pensamiento, el pobre Eduardo era víctima y juguete de sus temores, de sus esperanzas, y de las inciertas ideas que en tropel se agolpaban á su fatigada imaginacion.

Mientras tanto, el retrato tocaba á su fin. Era ya el septimo dia que Eduardo ocupaba en esta obra y en él debia quedar definitivamente concluida. Acercábase, pues, el momento en que ya no podria tener ningun pretesto para volver á la casa de Sofia, pues cesaba el motivo ostensible que á ella lo llevaba.

¿Como veria y hablaria en lo sucesivo cuando ni los dos jóvenes habian establecido relaciones que los autorizaran para concertarse reservadamente, ni aun cuando así hubiese sucedido seria fácil vencer los obstáculos á que daria lugar la oposicion bien terminante que anunciaba el carácter adusto é intratable de D. Braulio? Esta reflexion tenia pensativo á Eduardo que por efecto de sus pocos años, por la timidez que acompaña generalmente á los primeros amores, ó por otras causas desconocidas, no atinaba á salir del complicado laberinto en que estaban envueltas sus ideas.

Por fortuna ó por desgracia suya, hubo de presentársele bien pronto una ocasion que le ofrecia la posibilidad de poner mas en claro sus temores y sus esperanzas.

D. Braulio indicó por señas á Rafael que lo acompañáse á una habitacion interior, y los dos amantes quedaron solos el uno en frente del otro en la mejor situacion para declararse mutuamente sus afectos y para fijar el plan ó sistema que hubiesen de observar en lo sucesivo.

Veremos despues lo que entonces pasó entre ellos. Ahora vamos á seguir á los dos cuñados en su reservada conferencia.

D. Braulio fué el primero que tomó la palabra.

—Ha llegado el caso, dijo á Rafael, de verificar el casamiento de Sofia. He recibido carta de mi apoderado en que me incluye otra de Julio el cual suponiendonos todavia en el pueblo de nuestro domicilio y conforme con lo que yo le tenia escrito, me remite su poder para que el matrimonio se realice desde luego. Es preciso que no perdamos un instante porque, aqui para los dos, me parece que mi hija está un poco remisa, y si se deja pasar el tiempo, no será dificil que la indiferencia de hoy, se convierta mañana en una formal oposicion.

Absorto quedó Rafael con este inopinado contratiempo. Hacíase cada vez mas crítica su posicion, y era ya muy dificil salir airoso del grave compromiso que habia hechado sobre sus hombres.

—¡Y bien! contestó á su cuñado: veamos ese poder. Antes de todo es preciso saber cuales son los términos en que viene concebido.

D. Braulio sacó un papel de su cartera y lo entregó á Rafael. Leyólo este desde la primer palabra hasta la última, ó mejor dicho, hizo como que lo leia, pues en realidad, mas bien que examinando el documento, estaba discurriendo el modo de dar solucion á las dificultades que esta incidencia presentaba para la realizacion de sus deseos.

—¿No has concluido todavia? preguntó D. Braulio. Yo creo que el poder tiene todos los requisitos legales.

—Efectivamente, á mi me parece tambien eso mismo. Pero se me ocurre un inconveniente.

—Admirárame yo de que tú no encontraras inconvenientes. Esta es tu palabra favorita. Te has puesto de modo que eres en todo una pura dificultad.

—Eso consiste, repuso Rafael, en que miro las cosas con alguna reflexion. Atiéndeme un poco, continuó bajando la voz y mirando á todas partes para cerciorarse de que nadie lo escuchaba, atiéndeme un poco y te convencerás de que mis observaciones no son nacidas como crees de un prurito de oposicion. Este poder se halla otorgado á favor de un D. Federico que ha de representar al otorgante en su casamiento con una jóven llamada Joaquina. Ahora bien, esta Joaquina y este Federico no existen á los ojos del mundo: existen, si, pero con nombres supuestos, con nombres cuya falsedad no puede ser conocida, porque si lo fuese correriamos todos un grave ries-

go que no es prudente arrostrar.

Era este con efecto un obstáculo de bastante consideracion, obstáculo que en aquel momento sirvió á Rafael de asidero para justificar su oposicion á las pretensiones de D. Braulio; pero este no se paraba en nada cuando estaban de por medio sus intereses.

—Todo eso, dijo, lo tengo ya meditado, y sin embargo no basta para retraerme de mi proyecto Yo tengo en mi poder cuantos documentos pueden desearse para acreditar la identidad de nuestras personas. Con estos documentos, con la cooperacion de un sacerdote á quien bajo el sigilo sagrado de la confesion he revelado las particularidades y circunstancias que en nosotros concurren, con la buena amistad de alguna que otra persona influyente, y con los demas recursos que me proporciona mi fortuna, estoy seguro de que el casamiento puede celebrarse secretamente sin que llegue á noticia de la policía el cambio de nombres que por necesidad hemos hecho, y de todas suertes como al dia siguiente hemos de marchar á Gibraltar, poco puede ser el peligro que en tan corto tiempo háyamos de correr. ¿No te parece escelente mi idea?

Rafael no vaciló un momento en contestar negativamente.

—Supongamos, dijo á D. Braulio, que fuese practicable cuanto pretendes. ¿No seria mas natural que se dilatase unos dias el casamiento de tu hija hasta que ya estubiésemos en Gibraltar donde podriamos presentarnos con la cara descubierta sin necesidad de batallar con todos esos

obstáculos que tan preñados estan de peligros? Allí, acompañados de Eugenio, al lado de Julio á quien su padre haria venir desde luego, podria verificarse la union de los dos jóvenes con mas placer para ellos y con doble contento para nosotros. ¡Cuanto mas preferible es esto, que ese otro medio dificultoso de que te propones hacer uso sin calcular las consecuencias á que nos vamos á esponer!

El objeto de Rafael era ganar tiempo, evitar á toda costa el casamiento por medio de poder, apresurar la entrevista de Julio con Sofia, y preparar las cosas para entonces de manera que el propio Julio y Eugenio resistiesen la idea de tal casamiento en el caso de no haber la buena voluntad necesaria por parte de los contrayentes.

Pero lo mismo que Rafael deseaba, era precisamente lo que D. Braulio temia: asi es que se negó terminantemente á seguir el consejo que le daba su cuñado. Todo su empeño consistia en que los novios no llegaran á verse hasta que ya el matrimonio estuviese celebrado.

—¿Y no reflexionas, continuó diciéndole Rafael, que tu hija no conoce á Julio todavia, y que un enlace entre dos jóvenes cuyas almas no han podido impresionarse aun por las influencias del amor, puede traerles y traernos resultados muy funestos?

D. Braulio escuchó esta observacion con marcadas señales de desagrado.

—No me vengas ya con tus escrúpulos y pamemas. El amor no pasa de ser una niñeria. Con el amor no se come, ni se viste, ni se disfrutan las demas comodidades de la vida. El amor es una ca-

lentura: pasada la fiebre no queda mas que la frialdad del desengaño. ¿Qué puede importar un marido enamorado en comparacion de un marido con dinero?

Rafael que comprendia el amor de muy distinta manera, procuraba rebatir los argumentos de su cuñado; pero sus esfuerzos eran inútiles: hallábase ya D. Braulio bastante entrado en años, y sabido es que nunca son mas fuertes las preocupaciones que cuando llegan á arraigarse en la vejez.

La cuestion se prolongó largo rato sin que ninguno de los contendientes lograse disuadir y convencer á su adversario. Entre tanto, el gabinete donde se hallaba Sofia con el jóven retratista, ofrecia otra escena de diversa naturaleza pero de no menos interes.

Estaba ya terminado el retrato. Eduardo habia soltado los pinceles, y acercando su silla á la de Sofia contemplaba en silencio pero con los mudos arrebatos de un alma apasionada los poderosos atractivos de su amante que mas bella, mas hermosa que nunca, correspondia ruborizada á aquellas miradas tiernas y significativas.

Eduardo rompió por fin el silencio.

—¡Cuan digno soy de compasion! esclamó haciendo un violento esfuerzo para hablar ¡Ay Sofia! ¿Qué va á ser de mi dentro de pocos momentos? Mañana estaré solo, aislado en el mundo: mis ojos no verán como ven ahora de cerca el inesplicable encanto de vuestros atractivos: mi corazon no palpitará como palpita hoy con entusiasmo ante el vivo testimonio de vuestras virtudes..... ¿No habrá

esperanza para mí?..... ¿Para mí que muero por vos?....., ¡Sofía!..... ¡Sofía!....., ¿No habrá consuelo para un amor como el mio?..... Hablad!..... hablad!..... Por Dios os lo pido..... Una palabra!..... Una señal de compasion!..... Una mirada siquiera!.....

Vano propósito el de Eduardo: era imposible que Sofía respondiese. Hallábase la pobre jóven como emparedada entre el temor y la felicidad, entre el pudor de su inocencia virginal y el fuego abrasador del amor que la devoraba. En situaciones semejantes la lengua es lo primero que se entorpece. Sofía no comprendia lo que le estaba sucediendo: ni aun sabia donde se hallaba. Sus labios querian pronunciar un sí que mucho tiempo antes habia dictado su alma; pero detenia-la su misma turbacion y el recuerdo de la voluntad de su padre y del compromiso de Julio, recuerdo que la perseguia como una horrible pesadilla.

Esta lucha entre el deber y el cariño la fatigaba de modo, que no parecia sino que el corazon se le arrancaba del pecho. Tenia Sofía un abanico que se le cayó de la mano al oir la inesperada declaracion de su amante. Eduardo se apresuró á recojerlo: en aquel instante su mano tocó con la mano de Sofía, y ya entonces no le fué posible contenerse. Estrechó contra su pecho aquella mano que quemaba, comunicóse á todo su ser el fuego que despedia y con una voz cortada por las emociones que esperimentaba, apenas podia pronunciar alguna que otra frase en que iban mezclados los suspiros que le arrancaba su delirio.

—¡Sofia!... .. ¡Sofia!.....

Y Sofia batallaba consigo misma para pronunciar alguna palabra consoladora, y temblaba interiormente como si una convulsion intensa le hubiese acometido, y apretaba con frenesí aquella mano querida que tenia entre las suyas, y mientras tanto un rizo que caia sobre sus hombros tocaba dulcemente en la cara del axaltado jóven que fuera de si iba ya á arrojarse á los pies de su amada, cuando esta soltando la mano con violencia y cubriendose con ella el rostro, dió un grito aterrador y quedó al punto sin sentido.

Cual seria el conflicto de Eduardo, el lector puede figurárselo. Levantóse con precipitacion y volviendo la cara vió detras de si á D. Braulio que con los ojos desencajados y con la desesperacion pintada en su semblante dirigia miradas de indignacion á los dos jòvenes, demostrando en ellas toda la ira que en aquel momento estaba concentrada en su corazon.

—¡*Dios mio*! esclamó Eduardo. *¿No hay mas tormentos para mi?*

—Mucho mas mereciais, hombre falso é hipócrita, contestó D. Braulio lebantando la voz y haciendo uso de los mas exagerados ademanes. ¿Es este el respeto que os merece mi casa? ¿Es este el modo con que correspondeis á las consideraciones que se os dispensan? La culpa tengo yo que no conoci desde el primer dia vuestras dañadas intenciones.

—Tenemos un poco Sr. D. Braulio. Estais en vuestro derecho reconviniéndome por mi falta, si falta puede llamarse el no haber sido insensible

á las virtudes y atractivos de vuestra hija; pero ni vos ni nadie en el mundo se halla autorizado para atacar mi honra.

—Bien!... replicó D. Braulio haciendo lo posible por contener su ira. Marchaos de mi casa, y no volvais á poner los pies en ella.

—Obedezco y callo, porque no puedo ver en vos á un hombre cualquiera. Bien á mi pesar reconozco que estoy hablando con el padre de Sofia ¿Pero no dejareis siquiera, hombre desnaturalizado, que dispense à vuestra hija los auxilios que reclama la situacion en que se encuentra?

—Marchaos, vuelvo á decir. Mi hija no necesita de vos: tiene por fortuna un padre y si este le faltase tiene tambien á su marido.

Un rayo que hubiese caido á los pies de Eduardo, no habria causado en él tanta impresion como estas últimas palabras. Ellas le descubrian una noticia horrible: Sofia estaba casada; asi debia él creerlo despues de oir á D. Braulio quien dando ya por supuesto el casamiento de su hija, habia creido conveniente esplicarse en los términos que lo hizo para quitar toda esperanza al jóven retratista. Eduardo tomó el sombrero para marcharse pero sintió que las piernas le flaqueaban y que no podia dar un paso.

D. Braulio sacó del bolsillo una moneda de oro y se la arrojó al rostro para pagarle sin duda el precio de su trabajo en el retrato de Sofia. Esta accion reanimó algun tanto á Eduardo á quien el orgullo daba fuerzas en aquel momento para sobrellevar su infortunio. Dirigió á D. Braulio una mirada despreciativa, y salió preci-

pitadamente de la casa cuyas escaleras estubo á punto de rodar: tal era la venda que llevaba en los ojos y la desesperacion de que iba poseido.

Cualquiera creeria que el desgraciado jóven marchaba infaliblemente hacia el precipicio á donde un destino ciego le conducia.

CAPITULO VIII.

EL CASAMIENTO.

CUANDO Sofia recobró sus sentidos miró en derredor de si y se encontró en una cama casi sin fuerzas para moverse. Un médico estaba á la cabecera tomando el pulso á la enferma y dando disposiciones para suministrarle los recursos del arte que reclamaba su situacion. A los pies de la cama se hallaba Rafael, triste, pensativo y dominado si habia de juzgarse por su actitud y su semblante, de las mas dolorosas reflexiones. Mientras tanto D. Braulio con su larga bata y con un gorro negro que tenia calado hasta las orejas, daba paseos precipitados y aumenta-

ba con su imponente aspecto las negras y pavorosas sombras de aquel cuadro en que estaba representada la imagen del infortunio.

Al contemplar Sofia esta escena, arrojó naturalmente un suspiro que no parecia segun su debilidad sino que habia salido de una tumba ó que era el eco de otro suspiro exalado á mayor distancia. Todos se acercaron al momento á la cama de la enferma, y esta haciendo un esfuerzo sobre si misma esclamó con voz apagada.

—¡Padre mio!..... ¿Podré hablar un momento con vos?

D. Braulio iba á contestar pero el médico se lo prohibió haciéndole ver que Sofia necesitaba reposo y mucho recogimiento para ir convaleciendo de su accidente. Indicóle que debia retirarse de la habitacion y D. Braulio obedeció no con mucha voluntad, marchándose tambien Rafael y quedándose solo el médico acompañando á la enferma.

Sofia volvió á suspirar nuevamente y el nombre de Eduardo se escapó de sus labois mezclado con uno de aquellos suspiros que partian indudablemente de lo mas hondo de su corazon.

—Mirad por vos, señorita, le dijo el médico; antes de todo es preciso procurar vuestro restablecimiento: desechad de la imaginacion cualquiera idea que pueda mortificaros. ¿No se os alcanza que vais á empeorar vuestra situacion?

Sofia respondió; pero sus ojos estaban llenos de lágrimas que corrian abundantemente por su hermoso rostro. Tapose la cara con la colcha de la cama para ocultar la conmocion de que se ha-

llaba poseida, y en esta actitud permaneció largo rato sin poder proferir una palabra.

El sueño vino por fin á mitigar algun tanto sus penas, pero un sueño interrumpido á cada instante por los sollozos que se desprendian de aquel alma oprimida por el peso de la desgracia.

El médico la dejó descansar y se retiró reencargando antes á D. Braulio y á Rafael que no molestasen por el momento á Sofia con ninguna conversacion que pudiera serle desagradable.

—Es necesario, dijo, distraerla y evitarle cuidadosamente todo género de impresiones, porque está muy espuesta á otro accidente aun mas funesto que el que acaba de esperimentar.

Así era en efecto: Sofia se hallaba en una situacion bastante crítica y delicada; pero gracias á los cuidados que con ella se tuvieron fué mejorándose poco á poco, y al cabo de diez dias estuvo en disposicion de dejar la cama, aunque era tal su debilidad que apenas podia tenerse en pié. Ya no era aquella Sofia agil, robusta y placentera que tenia pintada en su semblante la tranquilidad de la inocencia: ya no existia aquella brillantez en sus ojos ni aquel gracioso desembarazo en sus modales: estaba pálida, ajada, desfallecida: habian corrido mucho sus ideas en los últimos quince dias, y el efecto era tan desastroso como si hubiesen sido quince años de continuos padecimientos. ¡Triste resultado de un amor que habian hecho irresistible las contrariedades con que batallaba!

Por fin, Sofia consiguió fortificarse algun tanto, y despues de haber derramado abundantes lágrimas á la memoria de Eduardo, de quien nada

sabia ni nadie le daba noticia, quiso cumplir con los deberes que respecto á su padre le marcaba la conciencia, y se presentó en el cuarto de D. Braulio llevando señalada en su semblante, no solo la alteracion de sus fuerzas físicas y los duros tormentos de su alma, sino la incertidumbre y el temor que produce siempre en una jóven bien educada el recuerdo de su primera falta.

Sofía se arrojó á los pies de su padre, y con mil trabajos pudo tartamudear la palabra ¡Perdon!

—Levantate, hija mia, le dijo D. Braulio con una amabilidad que no le era natural, y que causó á Sofía estrañeza y placer al mismo tiempo: levantate y nada temas de tu padre que te ama hoy mas que nunca y que está convencido intimamente de tu inocencia. ¿Quieres que te perdone un desliz de que sin duda estàs arrepentida? Pues bien, ese perdon te lo tengo otorgado desde que te he visto padecer y luchar con tus propios resentimientos. ¿Qué mas quieres de mi? No hablemos mas de este particular.

—¡Oh! ¡Que bueno sois padre mio! ¡Cómo podré yo pagar tanta bondad!

—De un modo muy sencillo, olvidando para siempre á ese hombre perverso que ha querido seducirte y deshonrarnos; á ese hombre infame.....

Sofía se estremeció interiormente al escuchar las espresiones terribles con que su padre calificaba á Eduardo.

—Si, continuó aquel con veemencia; infame es el hombre que ofende á una jóven virtuosa y pretende robarle su honor y su felicidad. Aun no lo sabes todo hija mia. Yo voy, á quitarte la ven-

da que te ha impedido conocer hasta ahora á ese hipócrita miserable..... ¿Sabes quien es Eduardo? ¿Sabes los títulos con que queria conquistar tu corazon? Pues óyelo y asombrate..... Eduardo es un criminal.....

—¡Cielos!.....

—Un criminal perseguido por los tribunales.....

—¡Será posible!

—Un criminal que ha sido al fin descubierto.....

—Dios mio!.....

—Un criminal, lo diré de una vez, que está hoy en la cárcel pública y sometido al poder de las leyes.

Profunda sensasion causaron á Sofia estas últimas palabras. La infeliz quedó fria como un mármol, y poco le faltó para perder el conocimiento. Acababa de oir una revelacion horrible que equivalia para ella á una sentencia de muerte.

—¡Eduardo criminal! esclamaba, ¡Eduardo perseguido por los tribunales! ¡Eduardo en una cárcel y á las puertas quizas de un presidio! ¡Oh! Y decia que me amaba! ¡Hipócrita! ¡Y me hablaba de virtud, de honradez y de buenas costumbres! ¡Y ese hombre llegó á dominar en mi corazon! ¡Ay padre mio! ¡Cuan crédula fui! ¡Cuan desdichada soy!

—Tranquilizate hija mia, repuso D. Braulio, no te acuerdes mas de lo pasado, reflexiona en lo presente y en el porvenir. Todavia existe en el mundo quien puede hacer tu felicidad.

Al decir esto sacó del bolsillo un papel y lo entregó á Sofia, añadiendo.

—Lee con detencion esa carta, medita su contenido y esta noche espero tu respuesta.

D. Braulio se retiró, y su hija temblando abrió el misterioso papel que decia lo siguiente.

PARIS 1.° DE AGOSTO.

»Se acerca, Joaquina mia, el momento de mi felicidad. Segun lo que me escribe tu padre es probable que dentro de poco mi corazon pueda latir junto al tuyo. Espero verte, espero estrecharte entre mis brazos y esta esperanza me hace dichoso desde ahora. Nuestras almas están unidas desde la infancia: justo es que se unan ante Dios por el santo sacramento del matrimonio. Al efecto, remito hoy mi poder en virtud del cual habrá de celebrarse nuestro casamiento. Juzga tú si soy feliz cuando puedo darte el dulce título de esposo. Tuyo hasta la muerte.

JULIO

Sofia leyó muchas veces esta carta y quedó largo tiempo pensativa sin poder comprender qué clase de impresiones eran las que su lectura le producia. Ella no podia dejar de agradecer aquella prueba de cariño que en momentos tan críticos recibia de Julio: pero esto no bastaba para mover en su favor los vehementes sentimientos de su alma. El amor que Eduardo habia inspirado á Sofia, no era posible que se trocase por el de otro hombre cualquiera, por mas que este hombre se presentase á sus ojos con el caracter de esposo y con los títulos sagrados que le daba la voluntad bien conocida de los padres de ambos jóvenes.

—¡Oh! ¿Por qué habeis consentido, Dios mio,

(esclamaba la desconsolada Sofía) porqué habeis consentido que esta pasion desatinada tenga tal imperio sobre mi alma? ¿Por qué la memoria de Julio no ha de ser grata á su esposa como lo es el recuerdo del desgraciado Eduardo? ¡Julio tan bueno, tan amable, tan consecuente, es un nombre indiferente para mí! ¡Y Eduardo tan falso, tan perverso, tan criminal, ha de reinar todavía en este corazon que ha pretendido corromper!..... ¡Oh! No, imposible! Yo no he de envilecerme hasta ese estremo: yo no he de echar sobre mi família un borron que la desonraria para siempre. Entre mi pasion y mi deber primero es este que aquella: entre el honor y la felicidad, el honor es primero porque el honor vale mas que la vida. Muera yo si es preciso, pero lleve al ménos al sepulcro un nombre sin mancilla, un nombre puro como lo heredé de mis padres.

Estas y otras reflexiones semejantes ocupaban á Sofía, cuando vino á interrumpirla la llegada de Rafael que deseaba hablar con su sobrina y felicitarla por el restablecimiento de su salud.

La conducta de Rafael en esta visita fué diametralmente opuesta á la que habia observado anteriormente. Conocíase que no era ya el protector de los amores de Eduardo y que sobrecogido con las funestas consecuencias á que estos amores habian dado lugar, estaba en cierto modo arrepentido del papel que sus buenos deseos le habian hecho representar en aquel drama; de cuyo trágico desenlace se consideraba en mucha parte responsable. Redújose, pues, su conversacion á generali-

dades desnudas de interés que no tenian mas objeto que distraer á su sobrina y apartar de su imaginacion los recuerdos de lo pasado.

Pero Sofia estaba muy léjos de darse por contenta con este silencio: nunca mas que entonces necesitaba los consejos de la prudencia para fortificarse en sus ideas y tomar una resolucion en el grave negocio que la ocupaba. Asi es que se decidió á hablar claramente á su tio y entregándole previamente la carta de Julio, le suplicó que se enterase de ella.

—No es necesario, contestó Rafael sin leerla, la tengo vista hace dias: mucho celebro que se halle ya en tu poder.

—Pues bien, yo necesito ahora que V. se ponga en mi lugar y que me diga con toda franqueza cual seria en este caso su determinacion. Nunca he dudado del cariño de V. y hoy es precisamente cuando mas necesarios me son sus auxilios. En un asunto en que se interesa no solo mi suerte sino mi honor y la felicidad de un hombre de bien, yo no me creo capaz de decidir por mi sola cual ha de ser la conducta que me marque mi deber en estas circunstancias ¿Qué puede hacer una muger flaca como yo, sino pedir consejos á la esperiencia y á la honradez? ¡Desgraciada de mi! Nunca he ambicionado tanto la energia y la fortaleza que me niega la debilidad de mi sexo.

Rafael dirigió á Sofia una mirada de compasion, y despues de un momento de silencio le dijo.

—¡Conque nada menos quieres que me ponga en tu lugar para darte mis consejos!

—¡Oh! sí: eso es lo que quiero: eso es lo que exijo de V. por la memoria respetable de mi buena madre.

—Enhorabuena: yo te complaceria con toda mi alma: nadie puede igualarme en deseos por tu felicidad; pero seria preciso que me prestases por un rato tu corazon: él es quien ha de señalarte la resolucion que debas tomar.

—¡El corazon! ¡ah! no: el corazon siente pero no discurre: el corazon late en mi pecho por quien no merece dominar en él. ¿Para qué he de negarlo? Eduardo es el único hombre que me ha hecho conocer el amor: el único a quien hubiera dado mi mano: el único que ha puesto en movimiento los afectos todos de mi alma.

—¡Desventurada!

—Sí, desventurada soy, lo conozco, decia Sofia con los ojos arrasados en lágrimas: pero mi desventura, no me ha robado aun la facultad de pensar. Yo sé que Eduardo está separado de mi para siempre. El hombre que se ha hecho acreedor á vivir en una cárcel, no puede ser mi esposo: jamás me desonraria hasta ese estremo.

Sofia se espresaba con toda la energia que le daba en aquel momento la nobleza de su corazon. En sus palabras, lo mismo que en la magestad de su semblante, resplandecia el poder de la virtud haciendo violentos esfuerzos para sofocar el poder de una pasion.

—Nada puedo decirte, contestó Rafael, sino que apruebo tus ideas y participo de tus mismos sentimientos. No en valde eres hija de mi desgraciada hermana.

—Pues bien, si V. aprueba estas ideas mi resolucion ya no admite duda. La voluntad de mi padre, la conducta de Julio, mi deber, todo se reune para que yó dé la mano de esposa al que ya se considera mi marido.

Al decir esto Sofia se revistió de una presencia de ánimo que hasta entónces le habia faltatado. Su entereza, sin embargo, tenia bastánte semejanza con la aparente serenidad del infeliz á quien anuncian una muerte próxima y se prepara resignado á recibirla sin dar señales ostensibles pusilanimidad.

El sacrificio que hacia esta jóven de sus afectos é inclinaciones para obedecer ciegamente al grito de su concieacia fue por fin consumado. Poco dias despues se verificó en secreto y por medio de poder su casamiento con Julio. Quedaban pues, realizados los deseos de D. Braulio y los temores de Rafael. Sofia era ya esposa de un hombre á quien verdaderamente no amaba. De sus labios habia salido un *si* que rechazaba su corazon.

CAPITULO IX.

CASTIGO Y RECOMPENSA.

MAS de un mes habia pasado desde que tuvo lugar el casamiento de Sofia, y aun no habia podido verificarse, apesar de los deseos de D. Braulio y de Rafael, el viage á Gibraltar que tenian meditado. Siempre lo impedia la situacion cada vez mas agravante que ofrecia la salud de la jóven recien casada. De dia en dia iban decayendo sus fuerzas en términos de causar ya á los médicos bastante cuidado.

Sofia temblaba cuantas veces oia hablar del consabido viage. La esperanza de reunirse en Gibraltar con su marido, era para ella una esperan-

za cruel. Por mas esfuerzos que hacia para olvidar á Eduardo, la idea de su cariño no la desamparaba un momento. Eduardo vivia con ella idealmente, la acompañaba á todas partes, la perseguia como una sombra seductora.

Este recuerdo constante parecia sin embargo un crimen á la desventurada Sofia: bien se le alcanzaba que sus nuevas obligaciones debian rechazar semejante inclinacion, y de aqui nacia una lucha terrible entre el amor y la virtud que insensiblemente iba destruyendo su existencia.

D. Braulio se desesperaba y á fuerza de maldiciones queria conjurar la tormenta con que todos estaban amenazados. Rafael mas prudente, mas reflexivo que su cuñado, conocia no obstante la entidad del mal y la dificultad de aplicarle un oportuno remedio. Habianse realizado sus tristes presentimientos, y destrozaba su alma la consideracion de no haber podido preservar en tiempo á su sobrina de las funestas consecuencias que ya estaba produciendo un enlace tan mal meditado. ¿Qué hacer en tales circunstancias? Esto es lo que ocupaba toda la atencion de Rafael quien por mas que aguzaba su ingenio, no veia el modo de salir airoso de su compromiso ni de remediar las nuevas desgracias que con harta razon preveia.

Como todos los seres desgraciados, Sofia buscaba la soledad para dar algun desaogo á sus penas. Una mañana del mes de Octubre en que D. Braulio habia salido para hacer varios preparativos de marcha, quiso aprovechar la pobre jóven aquellos momentos en que nadie la interrumpia

para dar rienda suelta al llanto que siempre procuraba tener comprimido. Con las manos cruzadas sobre el pecho, con los ojos arrasados en lágrimas, dirigia al Cielo sus plegarias para que la imagen de Eduardo se borrase de su memoria.

—¡Oh Dios mio! esclamaba: apartad de mi esta idea que me aniquila! ¡Esta idea que me hace criminal á los ojos del mundo! ¿Por qué no he de amar á mi esposo como amo bien á mi pesar á un hombre indigno de mi cariño?... ¡Indigno he dicho!... No... Quizás no lo sea... quizás no haya en él la perversidad que se le atribuye... pero ¡para que lo disculpo, Dios mio! Por ventura ¿puedo yo esperar nada de él?

—Señorita, dijo desde la puerta una voz que Sofia conoció ser la de un sirviente de su casa, ¿dá V. permiso?

—¡Ni llorar me dejan un momento! ¡Qué desdichada soy!

Sofia se enjugó los ojos del mejor modo que pudo y dió licencia al criado para que entrase.

—Esta carta acaban de entregarme.

Y dicho esto la dejó sobre una mesa y se marchó.

—¡Una carta!... ¡Cielos!... ¡Y viene á mi dirigida!... ¿Por quien estará escrita?... esta no es letra de mi padre, ni de mi tio, ni de Julio tampoco... ¡Qué misterio!... Veamos.

Sofia rompió temblando la oblea, desdobló el papel con un temor que excedia quizás á su curiosidad y agitada por mil ideas contradictorias, leyó las siguientes palabras que mas de una vez fueron interrumpidas con lágrimas y sollozos.

«El estado de mi salud no me permite ni aun escribir estos renglones. Necesito valerme de una mano estraña, y no puedo por esta razon ser tan franco como deseo.

«Hállome en la cárcel pública, en medio de criminales; pero no soy reo de ningun delito que me infame. Ante el tribunal de Dios me considero inocente, por mas que el fallo de los hombres me declare culpable

«Un favor, señorita, tengo que pediros: si lo obtengo, mi muerte será mas dulce: si desgraciadamente me lo negais, llevaré al sepulcro un remordimiento que me hace infeliz

«Deseo hablaros un momento: venid á verme, por Dios os lo pido. Vuestro padre ó vuestro marido puede acompañaros.

«No me priveis de este consuelo, el único que puedo ya esperar sobre la tierra. Un cuarto de hora me basta para deciros lo que no debeis ignorar.

«Oid mis ruegos que son los ruegos de un desdichado y contad desde ahora con la eterna gratitud de vuestro humilde servidor

EDUARDO.»

Sofía estrechó esta carta contra su corazon y arrojó un doloroso suspiro.

—Bien decia yo que Eduardo no podia ser criminal!... ¡Infeliz de mí!... Yo he causado su desgracia... Eduardo vá á morir.. ¡Y Sofía podrá sobrevivirle!... ¡Oh! No... la muerte nos llama á los dos: la muerte será nuestro descanso... Pero él sabe que estoy casada: sin duda cree que vi-

vo al lado de mi marido; y apesar de todo quiere verme! quiere hablarme un momento!... ¿En que me detengo?... ¿Como no vuelo á complacerle?... ¿Podré negarle el último favor que me pide?... ¿Yo, que he sido tan ingrata para con él?... ¡Ah! Imposible...

Y al hacer estas reflexiones, Sofia se ponia precipitadamente un vestido de calle, cubriase el rostro con un velo negro y disponiase á marchar como si fuese impelida por una fuerza irresistible que le quitara el conocimiento.

Habia desaparecido la postracion y debilidad en que momentos antes se hallaba. En su lugar Sofia presentaba todos los síntomas de una agilidad estraordinaria. Era el delirio de la calentura: era el ciego impulso de una pasion indomable: era la idea de un precipicio hácia el cual ella corria desalentada.

En el momento en que iba á salir, Rafael entró y quedó sorprendido al ver á su sobrina en aquella disposicion.

—¿Adonde vas? le preguntó con el mas vivo desasosiego.

—A buscaros.

—¡A buscarme! Pues aqui me tienes. ¿Qué es lo que ha ocurrido?

—Venid conmigo y lo sabreis.

—¿Y no puedo saberlo antes de que salgamos?

—No, porque me es imposible detenerme. Leed esa carta: no quiero mas que me acompañeis.

Rafael leyó en efecto la carta de Eduardo: fácil es calcular la impresion que le causaria.

—Se acerca, dijo tristemente, el desenlace de este drama.

Su primer impulso fué el de detener á Sofia: volvió la cara para hablarle; pero ¡cual seria su sorpresa al advertir que habia desaparecido!

Bajó al momento las escaleras, corrió en su busca y la encontró al fin: hízole mil reflexiones para disuadirla de su loco propósito: la reprendió con severidad; le suplicó con encarecimiento, pero todo fué inútil: ya no era Sofia, aquella jóven tímida y humilde que temblaba á la menor reconvencion que se le hiciese. Estaba desesperada y ciega y no admitia contradicciones de ninguna especie.

—Os cansais en vano, dijo á su tio con resolucion. Sino quereis acompañarme, poco me importa: decidida estoy á ir sola y mi decision es irrevocable.

—¡Y despues! ¿Qué será de ti? ¿Qué será de nosotros?

—¡Despues! ¡Quién piensa en lo que despues sucederá! Despues vendrá la muerte á concluir mis penas. De un modo ó de otro ese es mi próximo destino.

Y diciendo esto, apresuraba cada vez mas el paso, y llevaba como á remolque á Rafael que bien á su pesar tenia que seguir á Sofia, vista la imposibilidad de contenerla ni de hacerle variar de resolucion.

Poco tardaron en llegar á la cárcel donde supieron que Eduardo habia sido puesto en comunicacion aquel mismo dia. El alcaide los introdujo en la prision.

Sofia temblaba y una sonrisa horrible se dejaba ver en su semblante. El despecho, la deses-

peracion del infortunio habiala revestido de una aparente fortaleza, de una presencia de ánimo algun tanto semejante á la locura.

—Ha perdido el juicio decia Rafael.

Y abismado en mil reflexiones desconsoladoras, iba como una máquina detras de su sobrina sin comprender siquiera lo que le pasaba.

En esto, un debil quejido resonó en el lóbrego espacio de aquella triste mansion. Sofia dirigió la vista hácia el sitio de donde habia salido aquel suspiro y una especie de esqueleto humano se ofreció á su ojos, que apenas daba señales de vida.

—¡Dios mio! ¡Es este Eduardo!

Y la infeliz cayó sobre un banco casi sin sentido.

Era deplorable efectivamente la situacion de Eduardo. Flaco, abatido, desfigurado en términos de no parecer el mismo, sus padecimientos fisicos revelaban la intensidad de sus afecciones morales.

Hallábase sentado en una mala silla, de la cual apenas podia moverse por impedirselo la postracion de todos sus miembros.

Luego que vió entrar á Sofia, dejó asomar al rostro una señal de contento mezclada con cierta impresion dolorosa que le causaba algun funesto recuerdo.

—Dadme esa mano, dijo Eduardo dirigiendose á Rafael: quien está como yo inmediato á la sepultura, no conserva resentimientos. He sido amigo de V. y aun lo soy todavia apesar de sus agravios; en nombre de esta misma amistad ruego á V. encarecidamente que tranquilice á su esposa.

—¡A mi esposa! ¿Qué está V. diciendo? contestó Rafael estrechando la trémula mano de su amigo ¿Quién ha podido decir á V.....

—¡Siempre la propia conducta para conmigo! Siepre la misma reserva, el mismo disimulo! ¡Ay amigo! ¡Cómo abusa V. de mi posicion! ¡Paciencia!

—¡Por Dios, Eduardo! V. está equivocado, no me conoce todavia: es preciso que yo lo convenza; es necesario que le haga conocer la verdad. Escúcheme V, un momento.....

—No puede ser ahora, repuso Eduardo. Mis fuerzas se van agotando y me interesa mucho aprovechar los instantes.

Sofia recobraba, en tanto, el conocimiento. Acercóse temblando á su desgraciado amante. Rafael se sento junto á ella y Eduardo haciendo un esfuerzo para sobreponerse á su propia debilidad, tomó la palabra y se espresó con voz apagada y conmovida en los términos siguientes.

—»Os he llamado, amigos mios, para descubriros mi corazon. Veo que se acerca el término de mis penas y no quiero llevar al sepulcro el remordimiento de haberos engañado. Oculto he tenido hasta ahora lo que voy á deciros: hallábame precisado á hacer un misterio de lo que hoy me seria inutil reservar. Yo imploro vuestro perdon, y espero confiado que no me lo negareis.

»Una pasion me ha conducido á este estado: no penseis que hablo precisamente de la pasion del amor. Ella en efecto ha contribuido bastante á dar pábulo á mis aflixiones; pero otra

pasion mas violenta si cabe, mas propensa al fanatismo, es la que causa en primer término mis desgracias. La pasion política llegó no hace mucho á dominarme: yo tambien me contaminé de ese afan por destruir gobiernos é instituciones, que aqueja á los hombres en el siglo en que vivimos; yo tambien he sido revolucionario, he sido conspirador. ¡Cuantas veces en la triste soledad de estos calabozos, he traido á mi memoria la envidiable tranquilidad de que gozaban nuestros abuelos cuando no se conocian esas ideas alagüeñas, esas ambiciones seductoras que han formado de cada súbdito una máquina de guerra y de cada gobierno un instrumento de persecucion! Pero estas reflexiones no se hacen comunmente sino cuando el mal es irremediable, y esto es lo que á mi me ha sucedido: son un argumento muy poderoso las cadenas que se arrastran en una cárcel: ante la eficacia de ese argumento desaparecen, amigos mios, las mas brillantes ilusiones.

»Yo habia venido á España para cooperar con mis esfuerzos á la destruccion del gobierno: no estraño, pues, que el gobierno me haya pagado con la misma moneda. A nadie tengo que quejarme: mi conciencia me dice que soy inocente; pero la razon sin embargo me hace ver que no basta la conciencia en este caso para absolverme. En una palabra, cualquiera que sea la pena que me impongan, yo la consideraré como una pena merecida.

»Ha sido descubierto mi delito: unos papeles que quiso mi mala estrella se me estraviasen, lo han revelado todo. El mismo dia en que fui arro-

jado de vuestra casa; aquel dia terrible para mi en que la boca de D. Braulio se abrió para llenarme de improperios y para instruirme de que su hija pertenecia á otro hombre: aquel dia que marcó para siempre el término de mis esperanzas y la triste realidad de un eterno infortunio; aquel mismo dia fuí conducido á esta cárcel donde he sufrido y me queda aun que sufrir el doble castigo de mis faltas. Nada puedo esperar de mis jueces. ¡Ah! Si yo fuese un asesino, quizas me quedaria un resto de esperanza; pero soy un reo político y los crímenes de esta naturaleza rara vez alcanzan perdon entre los hombres.

»¿Ni para qué necesito yo ese perdon? ¿De qué podria servirme la libertad cuando mora la esclavitud en mi corazon: cuando veo consumirse mi existencia en esta lenta agonia que no puede prolongarse ya por mucho tiempo? Yo mismo he confesado mi delito, he renunciado á toda defensa: nada debo obtener ya sobre la tierra: la muerte es mi único refugio y la muerte no puede tardar.

Al llegar aqui, Eduardo se vió forzado á hacer una breve pausa para recobrar algun tanto las fuerzas que le iban faltando. Despues continuó de este modo.

»Esta revelacion que acabo de haceros, deja libre en parte mi conciencia de los remordimientos que me atormentan. En efecto, yo os oculté en un principio cuales eran mi posicion y circunstancias: me presenté á vuestros ojos como un hombre que solo por motivos inocentes habia venido á este pais. Ahora sabeis ya la verdad: ahora podreis juzgarme con mayor conocimiento.

»Pero quédame que decir mi principal falta: quédame que descubrir un secreto que atraerá sin duda sobre mi vuestra indignacion. ¡Oh amigos mios! Mucha será vuestra bondad si despues que concluya mis revelaciones, todavia no me aborreceis.. Sabedlo, pues, de una vez. Yo no soy un pobre huérfano como he supuesto: yo tengo un padre á quien voy á hacer infeliz: un padre que me quiere con estremo, que me ha proporcionado una educacion brillante, y que me haria heredero mañana de una fortuna inmensa.

—¡Cómo! esclamaron á un tiempo Rafael y Sofia; es posible!.....

—Yo he venido á España, continuó Eduardo, con un pasaporte que no es mio, porque necesitaba ocultar mi nombre para poder conspirar con menos esposicion.

—¡Cielos!

—Si; es preciso que sepais que yo no soy Eduardo: que yó no soy un retratista de profesion.

—¡Dios mio!

—Es preciso que os diga mas, y aqui es donde me falta valor para continuar..... Yo os he amado Sofia..... yo os amo aun con locura, con frenesí..... ¡hartos esfuerzos he hecho en vano para vencer esta pasion que acabará conmigo!..... Pues bien, en el hecho de amaros soy criminal, voy á serlo á vuestros ojos porque..... (¿tendré fuerzas para decirlo?)..... ¡Ah! si..... debeis saberlo..... yo soy casado.....

Un rayo de luz iluminó en el momento á Rafael.

—¿Cual es vuestro nombre? preguntó á su amigo con vivisima ansiedad.

—Permitidme que lo calle, contestó Eduardo tristemente. ¡Me seria tan doloroso deshonrarlo!

—Pues decidme el de vuestra esposa..... ¡Ah! No perdais tiempo! ¡Que idea! ¡Dios mio! ¡Será posible!

—Esperad un momento. El nombre de mi esposa no pueden pronunciarlo mis labios: yo me he hecho indigno de este honor: pero hoy he recibido por persona de toda confianza un paquete de papeles relativos sin duda á mi casamiento. Me los remiten desde el punto á donde yo estaba avecindado, y voy á depositarlos en vuestro poder supuesto que se acerca el término de mis dias. Ni aun he tenido valor para verlos...

Diciendo esto sacó una cagita de madera y Sofia creyendo reconocerla se la arrebató de la mano haciéndola pedazos en el acto, con sorpresa s admiracion de Eduardo, para poder abrirla mar pronto.

Una impresion estraordinaria se dejó ver entonces en el semblante de Sofia.

—¡Cielos! ¡Unos papeles! *¡Un retrato!*

Estas fueron sus primeras esclamaciones y pocos instantes despues arrojó un grito de gozo que resonó fuertemente en aquella lóbrega mansion y cayó como fuera de si en los brazos de su amante.

—¡Julio!...

—¡Joaquina!...

Por largo rato no pudieron pronunciar otras palabras los dos jóvenes. Joaquina tenia en la mano su retrato: tenia en los brazos á su esposo: hallábase, pues, en el colmo de la felicidad.

Rafael, á quien daremos ya el verdadero nombre de Federico, estrechaba contra su corazon á aquellos dos seres que tan queridos le eran, y por cuya suerte tanto se habia interesado y tantos pesares habia sufrido.

Julio, Joaquina y Federico formaban un grupo que la pluma es incapaz de describir. Hay cierta clase de sentimientos que solo pueden comprenderse por los mismos que los esperimentan: hay algo de sublime, algo que no admite esplicacion en esas situaciones estraordinarias que ofrecen de vez en cuando las viscisitudes de la vida humana.

Pero pasados los primeros momentos de sorpresa y despues que Julio hubo contado sucintamente la historia de sus infortunios, esplicando con mas detencion de lo que ya lo habia hecho, el motivo de su venida á España á cuyo viage habia precedido el que hizo de Paris á Londres donde obtuvo un pasaporte con nombre diverso para no ser conocido; despues de referir las causas que le habian movido á tomar esta resolucion sin decir nada á su familia temeroso de que fuese desaprovada por su padre; despues de indicar que las cartas que recibieron Jacobo y Joaquina con el poder para la celebracion del casamiento, las dejó escritas en Paris antes de emprender su marcha; y cuando hubieron pasado estos primeros instantes de mutuas revelaciones y confianzas, la reflexion como era preciso vino á suceder al entusiasmo. El rostro de Julio volvió á cubrirse muy pronto con una nube de tristeza. Joaquina lo observó y apretando-

le la mano con ternura le dijo.

—¡Ah! Todavia estas pensativo? ¿Todavia no se han satisfecho tus deseos? ¿Tan poco valgo á tus ojos? ¿Tan poco precio tiene mi cariño que no es suficiente para hacer tu felicidad?

—Ay Joaquina! contestó Julio suspirando: la felicidad está reñida con nosotros. ¡Desgraciado de mí! ¿No he de recordar que me hallo en una carcel, que estoy convicto y confeso de un crímen político, y que mañana quizas podrá venir el verdugo.....

—¡Oh! No, !Por Dios! No continues... no despedaces mi corazon. Yo misma en este momento iré á ver á tus jueces, iré á echarme á sus pies á implorar su perdon, á pedirles misericordia...

—¡Desventurada! ¿Y no recuerdas lo que antes te dige? ¿No sabes que mi delito es de aquellos que los hombres no perdonan?

—Si; pero yo acudiré al gobierno y obtendré tu indulto, no lo dudes.

—Te engañas Joaquina: mas bien que el gobierno, es un partido quien me juzga.

—Pues bien, el gobierno, ó ese partido, ó quien quiera que sea tendrá compasion de mí. ¿Puede haber en el mundo un corazon insensible á mis plegarias?

—¡Y de cuando acá, repuso Julio, de cuando acá los partidos han tenido corazon!..

Aquí llegaba el dialogo de los dos esposos cuando un rumor confuso empezó á oirse de pronto dentro y fuera de la cárcel. Voces de alegria resonaban con entusiasmo, y el eco de estas voces penetró al fin en la prision de Julio.

—¡*La amnistía ¡la amnistía!* He aquí la mágica palabra que corria de boca en boca por todas partes, palabra saludada con aclamaciones en las calles y repetida con lágrimas en los calabozos. El alcaide se presentó y dió á Julio un fuerte abrazo felicitandole por la nueva venturosa que acababa de recibirse por el correo de Madrid. Era el decreto de amnistía concedido por la reina doña María Cristina en el memorable dia 15 de Octubre de 1832.

=Ahora si, esclamó el joven Julio en medio de los transportes de un gozo celestial, ahora si que soy feliz: ahora tengo una esposa y tengo una vida para consagrarsela eternamente.

—¡Oh! si, le interrumpió Joaquina. El cielo oyó nuestros votos; bendigamos Julio querido, bendigamos Julio querid la mono augusta que ha roto tus cadenas y al salvado mismo iempo nuestra existencia.

—¿Y diras todavia preguntó Federico á Julio, que los delitos politicos no hallan perdon entre los hombres?

=No son los hombres, contestó Julio, los que me perdonan, no: es una muger. A una muger deberé desde hoy mi suerte y mi porvenir, y á una muger debo tambien ahora mi libertad.

Pocos dias despues Julio salió de la carcel por resultas del decreto de amnistía. Lo mismo para él que para Joaquina comenzó entonces una época de no interrumpida felicidad.

Los disgustos y penalidades que las viscisitudes políticas habian ocasionado á entrambas familias concluyeron del todo. Eugenio se restituyó á España y tuvo la satisfaccion imponderable de estrechar entre sus brazos á Julio y á la hija de Jacobo. Habian renacido para él aquellos tiempos felices en que libre de las persecuciones que le arrojaran un dia desu patria podia gozar tranquilamente los apetecibles encantos de la paz doméstico, las comodidades que le proporcionaba su fortuna, y el placer de hacer bien á sus semejantes que era la principal delicia de su corazon.

Participe Federico de estas mismas ideas, disfrutaba por consiguiente iguales satisfacciones al lado de su antiguo protector Eugenio, cuyos intereses siguió manejando con el celo y rectitud que tanto le distinguian.

Dirémos por último para completar este cuadro de felicidad, que el carácterde Jacobo tuvo una alteracion muy notable desde que vió en el supuesto retratista al marido de su hija. Arrepintióse entonces sinceramente de su conducta anterior, pidió á aquel mil perdones por el modo descomedido con que lo habia tratado, y empezó á conocer que no son los intereses materiales del hombre el único móvil de sus goces verdaderos, y que esos mismos intereses suelen ser una causa permanente de disgustos y penalidades cuando llegan á endurecer el corazon humano, ó dejan de tener su apoyo en el cimiento indestructible de la virtud.

FIN.